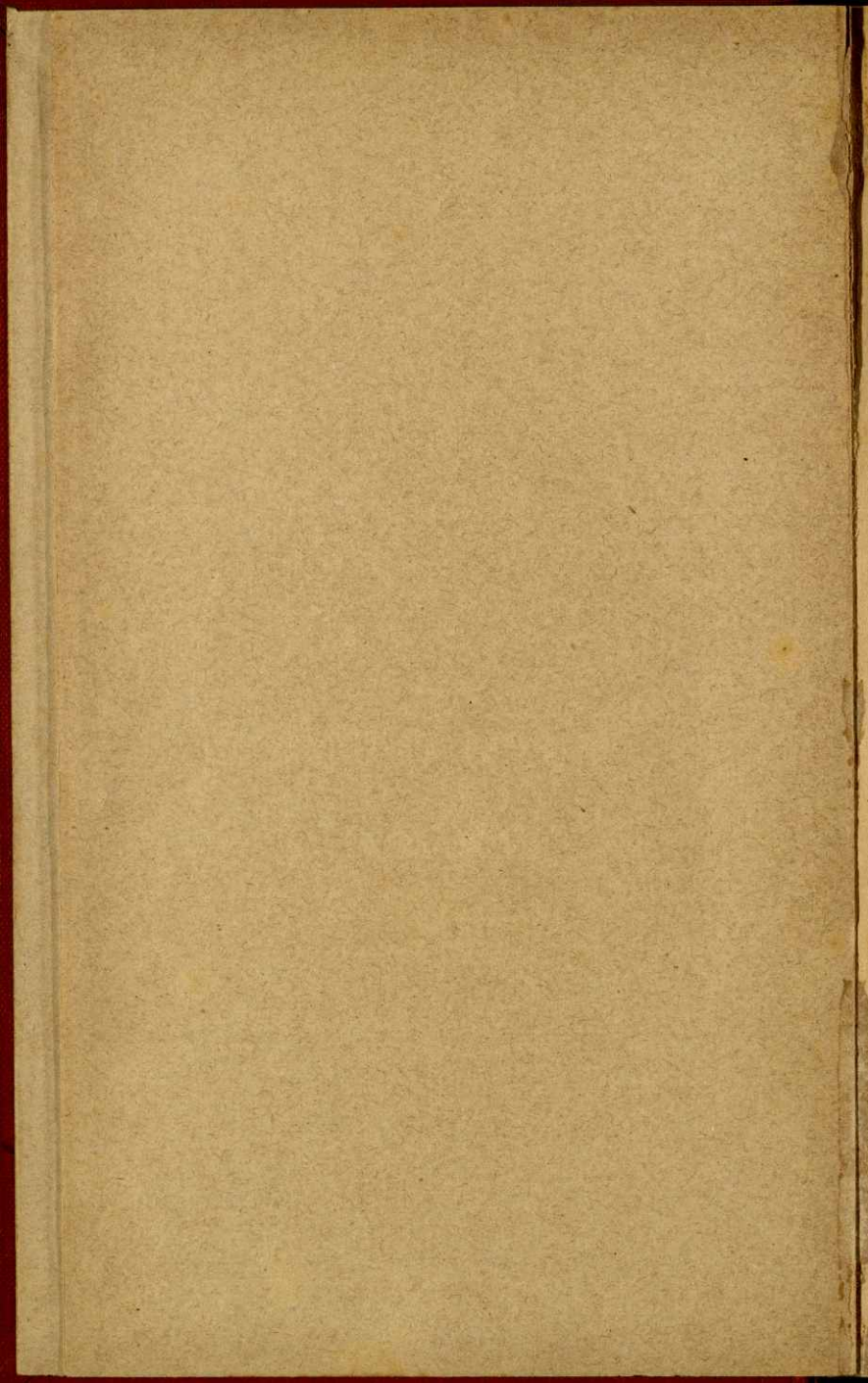


DONACIÓ

R. 00003

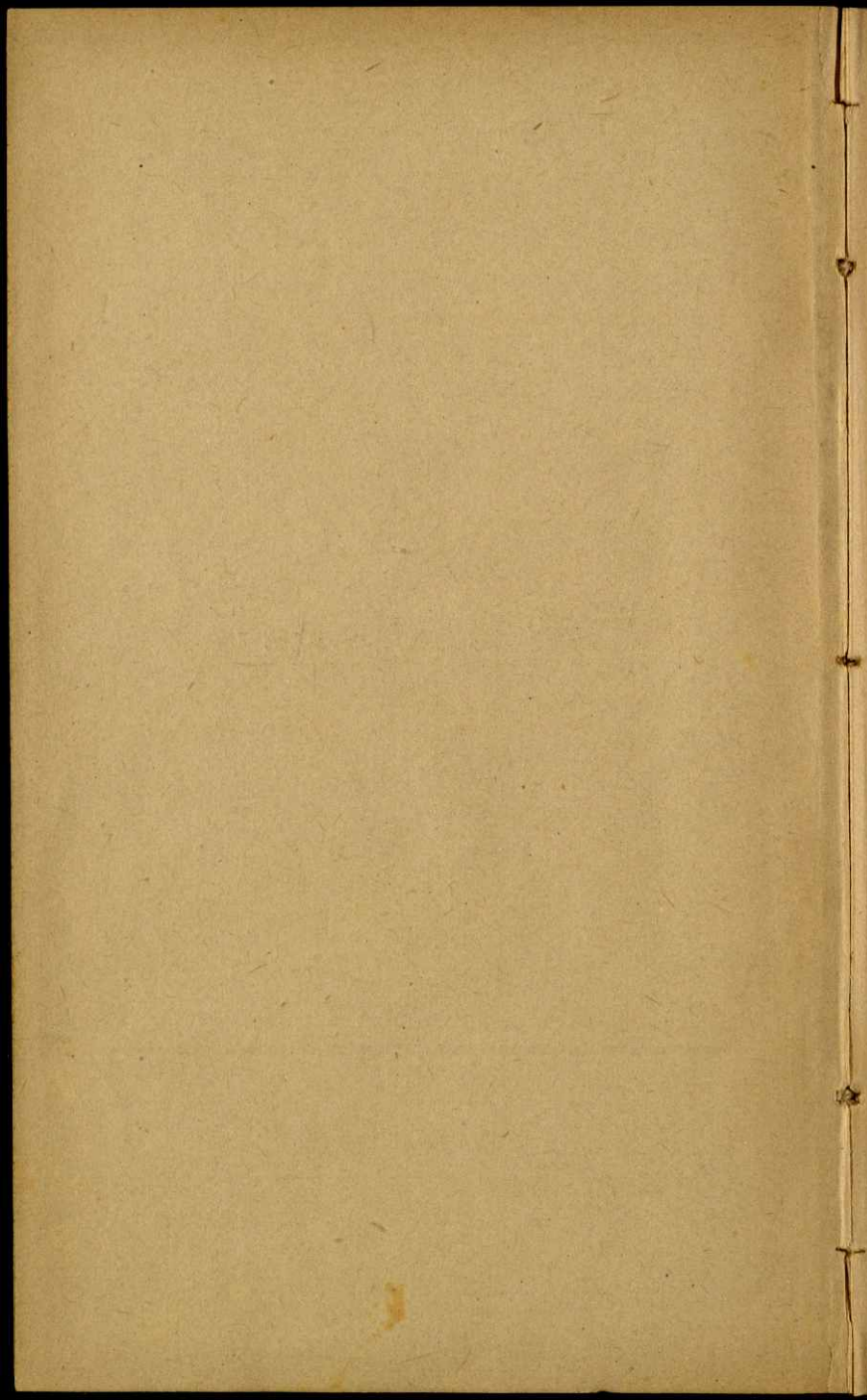
N-3/42

MAN 117



Cuaderno Manuscrito





Publicaciones de la «Escuela Moderna»

Cuaderno Manuscrito

*Recapitulación
de*

Pensamientos

Antimilitaristas



BARCELONA

Calle de Bailèn, núm. 70

1903

Geografía

Exp. Lit. de Par. ara, Bartoli y Viena
Provenza: 1917. - Barcelona

Advertencia Editorial

Al facilitar á los niños las formas más corrientes y vulgares de la escritura, como medio de relación indispensable en la sociedad, hemos dejado aparte las mil insignificancias que interesan particularmente á los individuos y que suelen ser objeto de los cuadernos.

manuscritos destinados a las escuelas, y hemos creído preferible fijar la base de un criterio y hasta de un carácter.

Buscando como realizar nuestro propósito, se nos viene a mano un libro francés titulado "Guerre Militarisme", recopilación de pensamientos formada por Juan Grave reuniendo a contribución de varias filosofías, literatura e historia, destinada a marcar con precisión exacta cuanto de irracional y de antisocial se encierra en la guerra y el militarismo.

Parecidos material uti-
 lísimo y de buena ley para
 fortalecer los sentimientos de
 justicia aun no pervertidos
 de la infancia, y para preve-
 nirla contra las sugestiones
 interesadas y malévolas de
 los privilegiados, y creyendo
 además interpretar cumpli-
 damente las aspiraciones del
 Profesorado libre que en Abe-
 nes, Círculos de estudios do-
 ciales, Centros obreros y Escuelas
 libres y laicas se dedica a in-
 culcar en las infantiles inte-
 ligencias las ideas de jus-

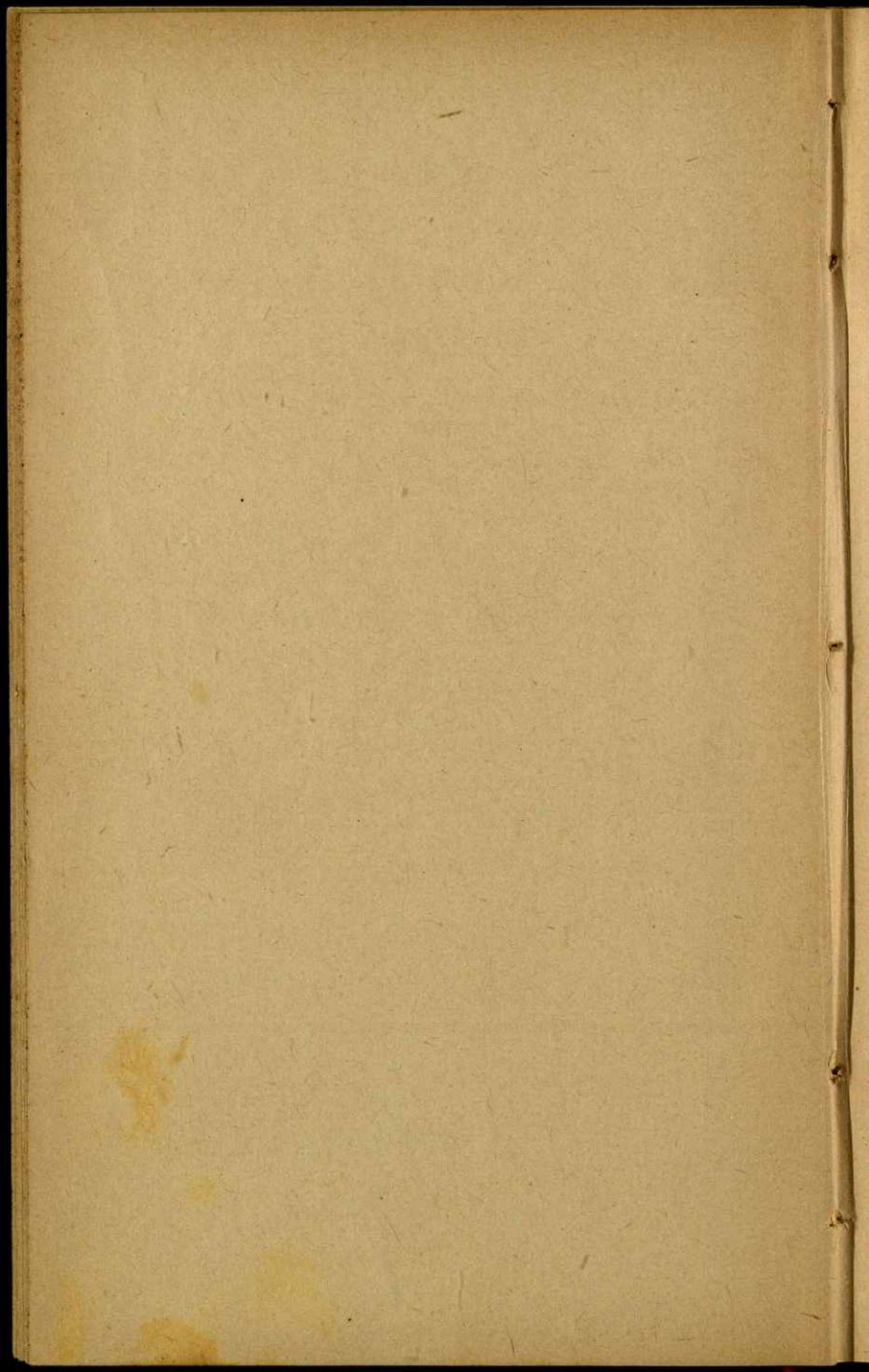
ficia, formamos el presente
"Cuaderno Manuscrito."

La Escuela Moderna,
pues, lo edita confiada en
la bondad de su propósito
y en la benevolencia de cuan-
tos Profesores y Profesoras.
Juzguen que la guerra
es la más criminal abe-
rración de los hombres, y el
militarismo, la reunión de
sus ejecutantes; ambos sos-
tienen el privilegio domi-
nante en la sociedad actual;
y pagan empeño en demos-
trar que la paz, fundada
en la justicia social, es

el mayor bien á que pue-
de aspirar la humanidad
y la fraternidad de la so-
ciudad futura, su mejor
recompensa.

Por la Escuela Moderna

A. Ferrer



La matanza guerrera como expresión necesaria de una mentalidad salvaje, no puede evolucionar sino en límites muy estrechos. Sin embargo, se transforma como todo lo que dura: tiene sus fases.

En la primera reside un carácter hostil, desconocido aún a los animales más feroces, que ordinariamente no cazan los reses de su especie para devorados.

Cazar a sus semejantes es un monstruoso exceso casi exclusivo del hombre... Calificando de animal esta fase de la guerra, se injusticia a las bestias.

En la segunda fase evolutiva de la

guerra, ya no se come al enemigo vencido, pero se viene hacia él un odio atroz; no basta matarle: se experimenta cierta voluptuosidad mutilándole, mortificándole, menos grotesco, si se quiere, pero seguramente más cruel que desollarle para hacerse de ~~su~~ su carne: tal es la guerra salvaje. Aisladamente, aquí y allá, se la ve con bastante frecuencia reaparecer en la guerra llamada civilizada.

Las palabras guerra y civilización sabían de verse juntas. La guerra llamada civilizada, la nuestra, difiere de la salvaje mucho menos en el fondo que en la forma. Con desfoche de ingenio y de dinero se han inventado procedimientos ingeniosos para matar y mutilar al adversario à grandes distancias, y se secharán mortificándole de escadlentamente, con complacencias de asesino, à la manera de los fieles rojas.

Se exterminaron miles de hombres y por los medios más horribles; pero la sola idea de comérselos indigna y repugna, y sin embargo, como dice Montaigne: «Hay más barbarie en matar un hombre vivo, que en asarle y comerle después de muerto.» Estas repugnancias no son lógicas; indican, sin embargo, que se desvirtúa en la conciencia de los pueblos cierto sentimiento confuso y vago de humanidad.

Pero la locura sangrienta de la guerra embriega todavía a los hombres. Solamente un grande Estado, la China, tiene en poca estima la guerra; una sola religión, el brahmanismo, se esfuerza para atenuar sus horrores. La Europa cristiana y redientemente civilizada no ha llegado aún a tanto. La guerra es el gran cuidado de los gobiernos, a la vez que la gran pasión de los pueblos, y, a pesar del pretendido antagonismo descubierto por H. Spencer, en-

tre la industria y la guerra, nunca alcan-
zaron las matanzas guerreras proporciones
tan espantosas como el blanido desde el
florecimiento del periodo industrial. Roma
consistía en vasto imperio con unos
300.000 legionarios; la Europa moder-
na ha organizado para la guerra una po-
blación de doce à catorce millones de hom-
bres, y la acción repetida de la selección
militar se ejerce en ella poderosamente.

Sin duda alguna puede afirmarse que
la religión de paz y amor, según las
calificaciones corrientes, ratifica esas
matanzas. Los potentados nos hablan

cada paso del Dios de los ejé-
rcitos, que no difiere esencialmente
del Marte mejicano Huitzilopochtli,
al cual se ofrecían in cesar corazones
humanos aún palpitantes, y después de

una victoria en que miles de personas han sido cruel y estupidamente asesinados, humea el infierno y los Dei demum se-
 menan bajo las bóvedas de las catedrales. Siempre hay una corta minoría que protesta contra ese abominable estado de cosas, pero la masa de las gentes reputadas como prudentes la tienen por insensata. Se nos dice que la guerra es una escuela de fervorosa adhesión; pero puede replicarse que fácilmente podrían encontrarse otras mejoras en las cuales no se destruyera bárbaramente la flor de la humanidad.

El salvaje instinto del asesinato guerrero tiene profundos raíces en el cerebro humano, à causa de haber sido cuidadosamente cultivado durante miles de años; mas es de esperar que una ge-

estacion mejor y más dichosa que la nuestra
 logrará corregirse de ese vicio original; pero
 ¿qué pensará de esta civilización que se
 tiene por refinada y de que en general nos
 sentimos tan orgullosos? A esta diferencia
 lo mismo que pensamos del antiguo Méjico
 y de su canibalismo á la vez piadoso, que-
 rroso y bestial.

Ch. Letourneau

(La Revolucion politique dans les diverses raças hu-
maines.)

2

Llegará un momento
 en que los pueblos comprenderán lo
 absurdo de la guerra.
 Hace cuatro siglos, los habitantes

de Pisa y de Luca estaban separados por un odio tan violento que parecia eterno, y el más infimo gañán de Pisa hubiese considerado como infame traición aceptar cualquier cosa del primer ciudadano de Luca. ¿Qué queda hoy de aquel odio? ¿Qué quedará del odio absurdo que siente un prusiano por un francés, el enemigo hereditario? Tengamos por seguro que esos sentimientos parecerán á nuestros descendientes tan grotescos como nos parecen hoy el odio de los atenienses á los espartanos ó el de las gentes de Pisa por las de Luca. Los hombres comprenderán al fin que tienen algo

mejor que hacer que desgarrarse recíprocamente; que sus enemigos comunes son la miseria, la ignorancia y la enfermedad, y que sus esfuerzos deben reunirse contra esas terribles calamidades, no contra sus compañeros de miseria y de infortunio.

Carlos Richet

(Dans cent ans)

3

La guerra tiene en su favor la antigüedad; es cosa de todos los siglos: se le ha visto llenar el mundo de viudas y de huérfanos, agotar las familias y sacrificar los hermanos en cam.

pos opuestos en la misma batalla.

En todos los tiempos y por un trozo de tierra de más ó de menos los hombres han convenido entre si en despojarse, arruinarse, matarse unos á otros; y para hacerlo con mayor ingenio y seguridad se han inventado reglas á que se ha dado el nombre de arte militar. A la práctica de esas reglas han atribuido el mayor respeto y la gloria más distinguida, y de siglo en siglo se ha progresado en la manera de matarse reciprocamente.

De la injusticia de los primeros hombres como de su único manantial, brotó la guerra, lo mismo que de la

necesidad que sintieron de darse amos que fijasen los derechos y las pretensiones de cada uno.

Si cada uno por si, contento con lo suyo, se hubiese abstenido del bien de su vecino, sería inalterable la paz y la libertad.

La Bruyere

(Caracteres.)

4

La extravagancia humana de este planeta está dispuesta de manera que en lugar de llevar una vida tranquila, la

boivosa, intelectual y feliz, se sui-
 cida perpetuamente abriendo
 las venas y arrojando su sangre
 en frenéticas convulsiones. Ved
 lo que hace esa humanidad: es-
 coge sus hijos más fuertes, los cria,
 los alimenta, los rodea de cuida-
 dos hasta la plenitud de su
 colad viril y luego los alinea
 metódicamente. Como no dispo-
 ne más que de 36,525 días por
 siglo y necesita acuchillar 40
 millones de individuos, ¡ni un
 solo día suelta su cuobillo de-
 gollando sin cansancio 1,500
 diarios, casi 1 por minuto, 46 por
 hora! No hay tiempo que perder,
 porque si por casualidad des-

cansa un solo dia, el trabajo se
dobla al dia siguiente y 2,200
condenados esperan su turno.

He aqui en que se ocupan
los hombres. Apreciemos digna-
mente ese alto grado de inte-
ligencia por algunas compara-
ciones.

El cuchillo de Marte saca
sin piedad la sangre de las
venas de la humanidad: ya se
han derramado 18 millones de
metros cúbicos.

¿Qué añadiremos á ese
cuadro incomparablemente
menos repugnante que la rea-
lidad? Una sola observacion: los
diversos gobiernos de Europa ma-
tan por sí solos, por gusto, cada

mas, más hombres que estrellas
se ven en el cielo en la más
clara noche.

De hecho, el militarismo europeo, o sea el estado de paz con el ejército permanente, es la causa principal de la esterelización de los campos y la ruina de los países.

Los recursos ganados penosamente por los trabajadores no bastan ya hace mucho tiempo. Es necesario el empréjito, tomar prestado siempre y descontar el porvenir. ¡La deuda pública de Europa y de América se eleva hoy á noventa y ocho mil millones! Continúa exagerándose y continuaría hasta que todos los pueblos quis

Bren. ; La deuda pública de las diversas naciones se eleva actualmente à ciento treinta mil millones que la humanidad se eleva así misma!... Ningún problema de astronomía es de esa fuerza y no hay observatorio comparable à ^{una} Cámara de Diputados.

Y esas deudas, esos sacrificios, esos impuestos de todo género, ese aumento constante del mal estar público, ¿á quien aprovecha? ¿para qué sirve? Para quitar brazos à la agricultura, para esterilizar la tierra, para preparar el hambre universal y para matarse mutuamente.
 ;Mas aún! Nuestra inteligente humanidad no ha tenido

gratitud hasta el presente más
 que para sus enemigos: hono-
res para sus verdugos, laureles
para sus asesinos, estatuas por
ra los que la aplastan bajo
los talones de sus botas.

¿Qué deducir de este epígrafe?
 ¿Podemos seriamente esperar que
 la humanidad reconocerá un
 día su necesidad; que los pue-
 blos alcanzarán la edad de
 razón y que la guerra in-
 fame acabará de emanci-
 llar este planeta cuando se
 hallen más ilustrados sobre
 las verdaderas condiciones
 de su felicidad? No! Los
 hombres son así: Tienen ne-
 cesidad de amos, de verdugos,

y de desgracias. Se verá aún durante muchos años que noventa y nueve hombres sobre ciento, sentirán la necesidad de acuchillarse y el centésimo, que los tratará de locos, será considerado como un utópico. ¡Suprimir todos los ejércitos del mundo! ¡Fruídela! ¡Eso es imposible!

Flammariion

(Dans le Ciel et sur la Terre)

5

Hasta el presente la depredación es la base de

Las relaciones sociales, y pasamos el tiempo robándonos unos a otros. Ciertas formas de espoliación del prójimo, como la conquista o el privilegio, se consideran como heroicas y particularmente gloriosas: por ejemplo, los lobes lucharon con el mayor encarnizamiento hasta 1846 para conservar el derecho de reducir por el hambre a sus conciudadanos; ciertas aristocracias luchan aún para conservar privilegios del orden económico; hombres, que individualmente se avergonzarian de robar un centimo, hacen colectivamente por robar todos los

años algunos miles de millones a sus compatriotas, y esto lo hacen sin experimentar la más mínima vergüenza ni sentir remordimiento alguno. Los Estados modernos son vastas agencias de explotación interior y exterior. Hasta el día, el conquistador brutal que se ha apropiado el bien ajeno es más glorificado que el trabajador infatigable que ha producido una riqueza de la que sistemáticamente se le despoja. Toda nuestra admiración (y nuestra simpatía en cierta medida, porque la simpatía suele seguir muy

frecuentemente a' la adon-
 ración) se dirige hasta los
 violentos que toman y no
 hacia los pacíficos que se
 ven forzados a' abandonar
 el fruto de su labor.

Cuando las naciones con-
 sideran la conquista como
 un bien, dan prueba de
 una singular estrechez de
 miras, olvidan que toda
 medalla tiene necesaria-
 mente dos fases: reivindi-
 car para sí el derecho de con-
 quistar significa reconocer
 el hecho de poder ser con-
 quistado; porque, en efecto,
 si la conquista es un dere-
 cho debe serlo para todos;
 si nuestro vecino se apo-

deca de nuestro país, obra conforme al derecho. Siendo víctimas, negamos ese derecho de conquista, pues igualmente deberíamos negarle cuando lo ejercemos en nuestro provecho.

J. Novicow

(La Fédération de l'Europe)

Si os dijese que todos los gatos de una gran nación se han reunido á mí-les en una llanura, y que

después de haber manchado
 toda su rabia, se han lan-
 zado furiosamente unos
 contra otros, clavándose los
 dientes y las uñas; que de
 esta pelea han resultado
 de una parte y de otra nue-
 ve ó diez onil gatos tenli-
 dos en el campo, infectan-
 do el aire diez leguas a la
 redonda, ¡no dirías: he
 ahí la cosa más repug-
 nante que pueda conce-
 birse? Si los lobos hicie-
 sen lo mismo, ¡que aulli-
 dos! ¡que carnicería! Si
 unos y otros dijeren que
 amaban la gloria, deduci-

rias que es locura gloriarse en destruir y anonadar su propia especie, y hasta os reiriais de la ingenuidad de las pobres bestias.

Sin embargo, vosotros, como animales racionales y para distinguirlos de los que sólo saben servirse ~~de~~ de sus uñas y de sus dientes, habéis inventado juiciosamente las lanzas, las flechas y las cimitarras por que con las manos no más poco daño os hubierais causado: arrancaros los cabellos, arañaros la cara y

todo lo más sacaros los
 ojos, mientras que provis-
 tos de instrumentos có-
 modos podéis causaros re-
 cíprocamente anchas he-
 ridas de donde corra has-
 ta la última gota de san-
 gre. Y como de año en año
 os hacéis más razonables,
 habéis enriquecido nuestra
 manera de exterminaros
 con bolitas que matan de
 repente si os tocan en el pe-
 cho ó en la cabeza; tenéis
 otras más pesadas y ma-
 cizas que os dividen el cuer-
 po en dos ó que os despan-
 zurran, sin contar aquellas

otras que cayendo sobre los
 tejados de vuestras casas
 perforan los pisos y van
 desde el granero a la bo-
 dega haciendo saltar por
 el aire con las casas vues-
 tra madre enferma, vues-
 tra mujer parturienta,
 el niño que teniais en
 la cuna, nuestro anciano
 e inválido padre, y con ellos
 todo nuestro acajar, y en eso
 consiste la gloria.

La Bruyère

(Les Jugements)

Os toman un hombre
en la fuerza de la juven-
tud, le ponen un fusil
en las manos y una mo-
chila en la espalda, le
marcan la cabeza con
una escarapela y le di-
cen: Mi colega de Prusia
me ha ofendido, es pre-
ciso que escarmientos á
sus súbditos; ya leo he

prevenido por medio de mi alguacil funcionario llamado heraldo, que el 1º del próximo abril tendrás el honor de presentarte en la frontera para degollarles y que se hallen dispuestos á recibirte bien. Esas consideraciones son indispensables entre monarcas. Creerás quizá al primer aspecto que nuestros enemigos son hombres; pero te equivocas, te lo advierto por si acaso, son prusianos; te será fácil

distinguirlo de todo el género humano por el color de su uniforme. Procura cumplir con tu deber, porque yo estaré sentado sobre mi trono; teniendo mi vista fija sobre ti. Si alcanzas la victoria, cuando vuelvas á Francia con tus compañeros se os hará pasar bajo las ventanas de mi palacio donde me presentaré de gran uniforme y os diré: ¡Soldados, estoy satisfecho de vosotros! Si sois cien

mil hombres, te tocará
 una cien milésima par-
 te de esas cinco palabras.
 Si quedases tendido en
 el campo de batalla, lo
 que es muy fácil, haré
 llegar tu hija á tu fa-
 milia para que los tu-
 yos te llenen y te heredem.
 Si pierdes un brazo ó una
 pierna te los pagaré por
 lo que valen; pero si tie-
 nes la suerte ó la des-
 gracia, como quieras, de
 librarte de las balas,
 cuando no puedas con
 la mochila, te daré la

licencia y así podrías
ir libremente á morir
donde más te agrade; lo
que me tendrá absolu-
tamente sin cuidado.

C. Villier

(Mon oncle Benjamin)

8

Al volver ayer á casa
encontré sobre mi mesa de
trabajo un libro nuevo, cuyo
título "La Guerra", destacándose
en gruesas letras rojas, color de
sangre, me estremeció á la
vez de horror y de repugnancia.

después de lástima: horror por la guerra en sí misma; repugnancia hácia los criminales que se sirven de ella para satisfacer su ambición y sus odios; lástima de las víctimas de la plaga más espantosa.

Cuando ocurren algunas de esas catástrofes naturales, ^{causadas,} ora por una tempestad, ora por un terremoto, etc., apodérase de nosotros en primer término un sentimiento de

pravor; después, reflexionando,
se cee en la cuenta de que
muchos otros peligros han
sido evitados por el hombre,
y que, á fuerza de trabajo
inteligente, de perseverancia
en el estudio de la naturaleza,
podrá llegar á preservarse de
las plagas que aun le azotan.
Eso aparte de saberse que
esos grandes movimientos de
la materia no son absoluta-
mente maléficis, que tienen
su razón de ser en el equi-

librio universal. De ahí resulta, que si la compasión por las víctimas subsiste en toda su amplia grandeza, no se une á ella la indignación.

¡Pero la guerra!... ¡destrucción voluntaria, alevosa, ensalzada hasta el heroísmo, cantada como una gloria!
 ¡Hasta cuándo los hombres, locos e ignorantes, se lanzarán unos contra otros, embrutecidos por la doble

embriaguez del alcohol y de la sangre!

Cal no es, sin embargo, el ejemplo que nos dá la naturaleza, y han incurrido en grave error los que proclaman como verdad científica "la lucha por la vida"; porque el que investiga hasta el fondo los organismos encuentra en ellos, por el contrario, la asociación para la vida: Asociación de vegetal con vegetal; ejemplo los líquenes,

unión de una alga y de un
hongo;

Asociación de animales
entre sí; ejemplo las colonias
animales, que son el principio
de nuestro propio organismo;

Por último, asociación de
planta con animal, como
puede verse, en ciertos ani-
males radiolares microscópicos,
en los cuales algunas algas
microscópicas vienen á estable-
cerse, prestandose ambos
apoyo mutuo para asegurar
su nutrición.

He ahí el verdadero principio de la vida; he ahí el medio y el objeto de toda evolución racional

La ignorancia destruye por la fuerza bruta, en tanto que a medida que la luz se hace y que la materia se perfecciona, la solidaridad aumenta borrando todas las distancias arbitrarias y todos los motivos de animosidad.

H. Jacquet

¿Se han hecho aque-
 llos grandes imperios funda-
 dos por la guerra? ¿Dónde
 están las conquistas de los
 grandes capitanes antiguos
 y modernos Alejandro, Ciro,
 Alejandro Julio César el
 verdadero fundador del imperio
 romano, Carlomagno, Gengis
 Khan, Tamerlán, Carlos V, Car-
 los XII y Napoleón? Esas obras,

tan costosamente establecidos
 por la violencia, han sido
 destruidos por el mismo proce-
 dimiento. Las más bellas y más
 comarcas del globo, Europa Oc-
 cidental, Asia Occidental
 y meridional, y Africa Sep-
 tentional estuvieron cubier-
 tas en los tiempos antiguos
 de grandiosas poblaciones y
 ciudades florecientes. Desde
 aquella época hasta el pre-
 sente no ofrecen más que
 extensos desiertos cubiertos de
 ruinas y á través de las
 cuales se ve erar horras

semibarbaras. ¿ Quién ha sellado con la esterilidad aquellos países adornados tan prodigamente? ¿ Quién ha reducido á un estado tan afflictivo de inferioridad intelectual á tantos millones de seres capaces de conocer la verdad y practicar la justicia y llamados como todos á la participacion de los gloriosos destinos de la ~~luz~~ humanidad? La historia demostrará que todo ello es obra de la guerra.

¡ Y aun se celebran las

alabanzas de era furia
 digna de todas las maldiciones!
 ¡Y aun hay quien se atre-
 ve, en presencia de estos tan
 acusadores, á decirnos que la
 guerra es el vehículo de la
 civilización! ¡Cuánto más
 justo sería calificarla de
 vehículo de la barbarie, ya
 que embrutece á los vencidos
 por el despotismo, que les
 somete á la groseria ó á la
 corrupción de los vencedores!
 No quiero negar que haya
 podido dar á su paso ocasion
 accidental de algunos bienes.

nes civilizadores, porque está en la naturaleza de las cosas que el bien nace algunas veces del exceso mismo del mal. ¿Pero á qué precio se ha obtenido esa civilización, que destilando sangre humana se ilumina con el resplandor de los incendios? ¿Acaso no hay otras vías menos costosas, más seguras y más legítimas por las cuales seba esparcirse por el mundo? Pronto podrá más para ello un vapor mercante que un ejército

de un millón de combatientes
y los ~~ferrocarriles~~ ferrocarriles
obrarán con más celeridad
e ~~inteligencia~~ inteligencia que el
genio malhechor y la detesta-
ble ambición de los conquis-
tadores. Comparense sus obras
de destrucción con las fun-
dadas por las artes de la paz,
la agricultura, el tejido,
la metalurgia, la navega-
ción, la imprenta y las
múltiples aplicaciones de
la fuerza del vapor y de
los otros agentes físicos y quí-
micos á nuestras diversas

necesitades, y digase de que
 lado están los efectos bene-
 ficiosos y duraderos.

No conozco sofisma
 más común y perjudicial
 que el que consiste en excu-
 sar y hasta justificar y
 glorificar los actos más abo-
 minables, por la consideración
 de que han sido motivos para
 la producción de cosas
 excelentes. Oyes decir frecuen-
 temente á personas de inteli-
 gencia cultivada, pero faltas
 de sentido moral, en terminos
 manifiestamente laudatorios,

por ejemplo, que el exterminio de las razas inofensivas del nuevo continente en los tiempos de la conquista, permitió á la civilización establecer esos nuevos estados actualmente tan florecientes, ó que los ejércitos de Napoleón esparcieron por toda Europa, con el exterminio y la matanza, los principios de nuestra gran revolución, como si esos buenos resultados no ~~hubieran~~ hubieran podido obtenerse por las vías pacíficas de la verdadera

civilización, y como si los procedimientos bárbaros, substituidos á los que indican la razón y la humanidad, separen de ser un mal por el hecho de que haya resultado algún bien, incapaz, no obstante, de borrar por completo sus lúgubres huellas.

• Patricia Larroque

(De la guerre et des armées permanentes)

Bien mirado, hay ~~una~~ diferencia notable entre la conquista efectuada por un pueblo civilizado y el pillaje llevado á cabo por una horda de salvajes. Cuando los salvajes invaden un país, cada uno de ellos encuentra en él su propio beneficio; los que han podido sobrevivir á la lucha y llegar á la victoria, toman parte en el botín y se indemnizarán de sus fatigas ~~con~~ con los despojos que se lleven.

Del saqueo ~~hacia~~ cada uno sacó lo que pudo, una gallina, una botella de alcohol, una tela de seda ó una mujer. Pero en nuestras guerras de conquista no hay para los vencedores semejantes beneficios; ^{por} mejor decir, esos beneficios se reservan para un solo individuo, el amo que ha mandado. Para los soldados del ejército vencedor quedan beneficios muy problemáticos: condecoraciones, alguna pensión, uno ó dos días de franquicia, que compensan miserablemente las fatigas y privaciones sufridas: he ahí lo que reporta la conquista á los conquistadores. Por supuesto, nos referimos á los afortunados, á los que sobreviven íntegros, sin un ojo, los dos ó algún miembro de menos, los cuales ya pueden

quedar contentos si logran una palabra de fingido efecto del príncipe adionada de alguna esplendidez pronto agotada, por ejemplo, una ración de vino suplementaria la noche de la victoria.

Por consiguiente, la conquista se debe á la ceguera de un pueblo que da su oro y su sangre para asegurar al príncipe y á su familia palacios lujosos, muchos servidores y más amplias dosis de pasión.

Para determinar ~~como~~ á un pueblo á obrar con tan insignia estupidez, es necesario que el soberano haya preparado de antemano las cosas desarrollando determinados sentimientos facticios.

Los soberanos de otras épocas no necesitan

ban tantas precauciones: cuando Luis XIV o Carlos V emprendian alguna guerra, no se tomaban respecto de sus pueblos el cuidado algo humillante de explicarles su conducta: el pueblo estaba hecho para obedecer y el ejército para marchar; ni necesidad habia de invocar la apariencia del buen derecho.

En los tiempos modernos los pueblos se han vuelto algo mas exigentes: por dóciles que sean á la voz que les llama á las armas; por cándidos y crédulos que se muestran aun; para que los conquistadores encuentren en sus súbditos instrumentos manejables se necesita que los preparen hábilmente para la guerra por ese sentimiento mágico que los

reyes y los gobernantes llaman el honor nacional.

Bien claro resulta, el honor nacional no es más que el orgullo del amo, el cual es muy quinquillero.

Un chiste ofensivo ha sido el punto de partida de muchas matanzas. Un sarcasmo de Federico acerca de Mme de Pompadour provocó una guerra sangrienta. Las bromas que los periódicos ingleses se permitían acerca de Bonaparte determinaron á aquel á romper la paz de Amiens. Un abanicazo fué uno de los motivos de la conquista de la Argelia. En 1870, por una causa tan leve como las indicadas, Francia fué víctima de una de las más sangrientas guerras de la historia, con

la particularidad extraordinaria de que la ofensa material ni siquiera fue realizada sino que fue inventada por la impudencia cínica y criminal de Bismarck, quien inventó una falsedad, contando con la estulticia del gobierno francés, capaz de considerar como un caso de guerra una impertinencia dirigida a su embajador.

.....

Los periodistas con su mala fe, sus preocupaciones, su descuido y su hipocresía se convierten en auxiliares de los gobiernos. El pueblo; el pueblo humilde y laborioso, el de los obreros del campo y de la ciudad es el que da su carne y su oro y sufre las consecuencias de aquellos sublimes argumentos.

Es admirable ver hasta que punto una insignificante disputa, envenenada por la diplomacia y el periodismo, se transforma en una guerra santa. Cuando Inglaterra y Francia declararon la guerra á Rusia en 1856, fué por una causa tan ínfima que apenas puede descubrirse en los archivos diplomáticos. Se necesitan largas y pacientes investigaciones, entre aquellos papeles viejos para penetrar la causa declarada de tan sangrienta querrela, que causó la muerte de quinientos mil hombres y el derroche de cinco á seis mil millones.

En el fondo, no obstante, había verdaderos ~~motivos~~ motivos; pero ¡cuán poco de variables! Napoleón III quería con la

alanza inglesa y una guerra victoriosa consolidar su dinastía y su poder de criminal origen. Los rusos pretendían invadir Constantinopla. Los ingleses querían asegurar el triunfo de su comercio e impedir la supremacía de la Rusia en Oriente.

Bajo una u otra forma siempre se manifiesta el espíritu de conquista o el de violencia.

Carlos Richet

(Las Guerras et la Paix)

Si los pueblos comprendiesen bien esto, si ellos mismos hicieran justicia con los poderosos.

res mortíferos, si se negasen
 à dejarse matar sin razón,
 si se sirviesen de sus armas
 contra los que se las han
 dado para matar, aquel
 día moriría la guerra...

Guy de Maupassant
 (Sur l'eau.)

Únicamente el hom-
 bre mata por matar, des-
 truye por destruir. Jamás
 penetró semejante torpeza
 en cabeza de animal, el
 cual, si mata, es por hambre
 ó por miedo, para

alimentarse i defenderse,
nunca por crueldad, vani-
dad, jactancia, ociosidad.

Boucher de Perthes
(Hommes et choses.)

Cuando pienso en
todos los males que he
visto y que he sufrido, y
procedentes de los odios na-
cionales, me digo que to-
do reposa sobre una gro-
sera mentira: el autor
de la patria. Tolstoi

Así, de etapa en etapa, las manifestaciones pacíficas suspendían la marcha de la columna, de augurio favorable para la facilidad de nuestra implantación en el Oeste, pero que entrañaban el peligro de disgustar à ciertos soldados à quienes anima la vocación de la guerra, y à quienes se defraudaba la alegría de hacer hablar la pólvora, defraudados sobre

todo de las recompensas que se conceden después del combate.

La cañonera La Surprise esperaba en la costa la llegada de la columna. A ruego de su capitán el agente de las Mensajerías marítimas en Mouroumdane, vino á la embocadura de Osiribihine.

Este agente, llamado M. Garnat, establecido hacia mucho tiempo en el país, le conocía y era conocido en él, estaba en relaciones comerciales con el interior, era apreciado de los saka-labes y se hallaba particularmente ligado «por la fraternidad de la sangre» al jefe del

distrito de Ambike «el rey Bouere».
 En Madagascar, la fraternidad de la sangre se consagra entre dos personas por una ceremonia rodeada de cierta solemnidad; hácese una incisión en cada pecho, la sangre de uno y de otro se mezcla y los dos hermanos beben de ella; desde entonces se deben fe y sacrificio mutuo. Los malgachos respetan este compromiso y se falta la consideran como un crimen.

M. Gamat fué á Ambike; Blot, el alférez, y algunos marineros se dirigieron allí también por el Tsiribihine. El rey Bouere ofre-

68
ció hospitalidad franca á dichos señores, á los marinos y á los faquines que les acompañaban. Confiando plenamente en sus «hermanos» Samat, se concertó con él para preparar una recepción triunfal al comandante Gerard, cuya aproximación se anunciaba; á fin de dar al acontecimiento más importancia y más brillo á la fiesta, llamó á Ambike á todos los notables del distrito; éstos vinieron con sus estandartes; numerosos músicos, que tocaban la valika y el tambor, daban á la reunión animación y alegría.

En la mañana del 29 de Agosto, el alférez Blot y M. Samat, sabiendo que la columna se hallaba à dos leguas de distancia, fueron à su campamento; pensaban volver el mismo día à Ambike dejando allí sus criados, sus bourjanes, sus bagajes y su pequeña instalacion. Dieron al comandante noticia de las excelentes disposiciones del país, y aquel, como si no les hubiese comprendido, ordenó al alférez que al día siguiente, con sus marineros, tomase parte en el ataque; « el general Gallieni habia emperado en Tamerme dando un gran golpe; y el coman-

70

dante Gerard, por otro no menos grande queria afirmar su toma de posesion del Menabé.» Blot y Gamat manifestaron su desagrado creyendo que se trataba de un equívoco; pero el comandante reiteró su orden con un tono que no admitia réplica; además detuvo en el campo al negociante y al alférez para impedirles que volbiesen á la ciudad á advertir á la poblacion. Un instante despues llegó el rey Touere solicitando presentar sus homenajes al comandante, y éste se negó á recibirle, respondiéndole: «Yo mismo lle-

varé mis órdenes à la capital del distrito.»

En la obscuridad de la noche las tropas se pusieron en marcha; avanzaron desapercibidas à través de los bosques y la espesa maleza que preceden à Ambike, y la cercaron en silencio; la artillería ocup una posición desde donde en caso necesario pudiera abrassarla. Al amanecer se entró en la ciudad dormida, por seis puntos diferentes, los senegaleses entraron en las casas y comenzaron la matanza. Sorprendida sin descon-

fianza, sin medio de resistir, la
 población entera fué pasada al
 filo de las bayonetas. Durante
 una hora aquellos que no mu-
 rieron al primer choque trata-
 ron de huir, pero perseguidos
 por nuestras compañías negras
 vióseles correr enloquecidos re-
 gando las calles con su sangre
 y heridos nuevamente, con paso
 vacilante, caían sobre los cuer-
 pos de sus compañeros ó iban á
 dar contra las armas de las re-
 servas apostadas á las salidas.
 El rey Tonere, los notables, y
 todos los habitantes cayeron á
 los golpes de los tiradores en
 aquella mañana, y aunque éstos

tenian orden sólo de matar hombres, embriagados con el olor de la sangre, ni se contuvieron ni hubo quien los contuviera: mataron mujeres y niños sin dejar salva una vida.

Los criados y los faquines de M. Lamat, confundidos entre los habitantes, participaron de su suerte. Bien entrado el día, la ciudad no era más que un horrible matadero, en cuyo d'édalo se extraviaban los franceses, causados de tanto herir. Cierta número de ellos sentian que la vergüenza les ahogaba; eran los

marinos de ⁷⁴La Surprise, co-
autores à pesar suyo del asesi-
nato de sus huéspedes de la vis-
pera, y algunos oficiales y sol-
dados de la expedición que, aun-
que habituados à la guerra cruel,
no estaban à la altura de la in-
fame misión que se les acababa
de imponer.

Se tocaron las trompetas,
se pasó lista: no faltaba nin-
guno de los nuestros. Se des-
cansó y se comió, pero no hubo
cantos alegres que celebrasen la
victoria. Un lodo rojo cubría
el suelo. A última hora

de la tarde, bajo la acción del calor, elevóse una ligera neblina: era la sangre de las 5,000 víctimas, la sombra de la ciudad que se evaporaba al sol poniente. Cuando se extendieron las sombras de la noche oyéronse gemidos exhalados por el corto número de heridos que, mal acabados, salían de debajo los montones de cadáveres. Un francés, creyendo suficiente la ejecución realizada, pidió permiso para socorrer á los que vivían aún; pero no lo obtuvo, y los il-

timos murieron durante la noche.

El número de las víctimas, evaluada en 5,000 por los unos, fué de 2,500 según los otros. Los partes oficiales publicados lo velaron con cuidado. La Gaceta Oficial dice solamente: « El rey Tonere, su ministro y dos jefes murieron en el combate; » no se creyó necesario que el suceso, en que nosotros no habíamos perdido un solo hombre excediese en importancia á una escaramuza cualquie-

ra con los rebeldes. La Gaceta
añadía: «Han caído en nues-
tro poder 500 prisioneros.» La
verdad es que ni un indige-
na quedó con vida.

P. Vigné D'Octon.

(La gloire du sabre)

Sólo con pensar en la
palabra guerra, me sobrece-
ge un espanto como si se me

habla se de brujería, de in-
 quisi- ción, de una cosa lejana, ter-
 minada ya, abominable, mons-
 truosa, contranatural.

Cuando se habla de an-
 tropófagos, sonreímos con orgullo
 proclamando nuestra superio-
 ridad sobre aquellos salvajes; pero
 ¿cuales son los salvajes, los verda-
 deros salvajes? ¿los que se batan
 para comerse los vencidos, ó los que
 se batan sólo por el placer de ma-
 tar?

Los pobres soldados que van
 allí lejos están destinados á la
 muerte como los carneros que el
 carnicero conduce al matadero.

Halli caeran en un campo con la cabeza hendida de un sa- blazo ó el pecho atravesado por una bala, siendo jóvenes que podrian tra- bajar, producir, ser útiles.

Sus padres son viejos y pobres; sus madres, que durante veinte años les han amado, adorado, como aman las madres, sabrán dentro de seis me- ses ó un año que aquel hijo que cria- ron con tanto amor fue arrojado á un hoyo como un perro, despues de haber sido pateado y magulla- do por las cargas de caballeria.

¿Por que han matado á su hijo; aquel hijo tan hermoso, que era su esperanza, su orgullo, su vida?

¡La guerra!... ¡batarese!... ¡asesi-
nar hombres!... Tenemos hoy, en nues-
tra época, con nuestra civilización,
con la extensión de ciencia y el gra-
do de filosofía á que ha llegado el
genio humano, escuelas en que se en-
seña á matar de lejos y con perfec-
ción mucha gente al mismo tiem-
po, á matar inocentes cargados de
familia y sin antecedentes judicia-
les.

Lo más extraño es que el
pueblo no se levante contra los go-
biernos.

¿Qué diferencia hay entre las
monarquías y las repúblicas? Lo es-
traño es que la sociedad en masa

no se rebeló solo al oír la palabra guerra.

¿Cuán cierto es que vivimos bajo el peso de las viejas y odiosas costumbres, de las criminales preocupaciones, de las ideas feroces de nuestros bárbaros antepasados, porque somos bestias y permanecemos bestias en quienes domina el instinto y nada cambia!

Victor Hugo lanzó este gran grito de libertad y de verdad:

«Hoy la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada: la guerra está sometida a una acusación. La civilización, a la queja del género humano, instruye

el proceso y formula cargos criminales contra los caudillos y los conquistadores. Los pueblos comprenden al fin que la extensión de un crimen no puede considerarse como su disminución; que si matar es un acto criminal matar mucho no puede ser una circunstancia atenuante; que si robar es una vergüenza, invadir no puede ser una gloria.

¡Proclamemos estas verdades absolutas, deshonremos la guerra!»

¡Cólera inútil, indignación de poeta!

La guerra está más venerada que nunca. Un artista hábil

en ese oficio; un matador de genio Skoltke, respondió un día à los delegados de la paz estas extrañas palabras:

«La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo, porque mantiene vivo en los hombres todos los grandes y nobles sentimientos; el honor, el desinterés, la virtud y el valor, y les impide, en una palabra, caer en el repugnante materialismo.»

Según eso, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres, marchar día y noche sin reposo, no pensar, no estudiar; no aprender

nada, no leer, no ser útil à na-
 die, pudrirse en la suciedad, dor-
 mir en el fango, vivir como bestias
 en una estupidez continua, sa-
 quear ciudades, quemar aldeas,
 arruinar naciones encontrarse
 con otra aglomeración de carne
 humana, lanzarse contra ella,
 hacer lagos de sangre, mezclar
 en las llanuras la carne des-
 trozada à la tierra fangosa
 y roja, amontonar cadáveres que
 dar sin brazos y sin piernas y
 morir abandonado en un campo,
 sin provecho para nadie, mientras
 vuestros ancianos padres, vuestra
 mujer y vuestros hijos mueren de

hambre; he ahí lo que se llama
no caer en el más repugnante ma-
terialismo.

Los hombres de guerra son
los azotes del mundo.

Luchamos contra la natura-
leza, contra la ignorancia y contra
los obstáculos de toda clase ~~de~~ para
hacer menos dura nuestra misera-
ble vida.

Los hombres en general, los
filántropos, los sabios, emplean su
vida en trabajar en todo lo que
puede ayudar, socorrer ó consolar á
sus hermanos; corren anhelantes á la
tarea útil, amontonando descubri-
mientos, elevando el espíritu huma-

no, ensanchando la ciencia, aumentando cada día el capital intelectual, facilitando el bien estar para todos.

Llega la guerra, y en una corta campaña, los ejércitos, bajo la dirección de sus generales, destruyen lo creado tras muchos años de genio, de paciencia y de esfuerzos.

Eso es lo que se llama «no caer en el más repugnante materialismo».

Hemos visto por nuestros propios ojos lo que es la guerra; hemos visto a los hombres degradados más bajos que las fieras, enfurecidos, matar por placer, por fanfarronería.

Cuando el derecho no existe, cuando toda noción de justicia desaparece, hemos visto fusilar inocentes hallados en un camino porque el miedo les hizo parecer sospechosos.

Hemos visto matar perros encadenados a la puerta de casa de sus amos para probar revólvers nuevos; hemos visto fusilar a vacas tendidas en el campo, por broma, por probar la puntería, sin causa ni pretexto alguno: a eso se llama «no caer en el más repugnante materialismo.»

Entrar en un país, degollar al hombre que depende su casa, sólo porque viste una blusa y no se cubre la cabeza con un Kepi; quemar las

viviendas de los infelices que no tienen pan; romper los muebles, robar lo que pueden transportar fácilmente, beber el vino hallado en las bodegas, violar mujeres que transitaban por las calles, quemar millones de francos en pólvora y dejar tras de sí la miseria y la epidemia: he ahí lo que es una caer en el más repugnante materialismo.»

¿Qué han hecho los hombres de guerra para probar un poco de inteligencia? Nada. ¿Qué han inventado? Fusiles y cañones.

Más, mucho más ha hecho por la humanidad el inventor de la carretilla, con la idea sen-

cilla y práctica de ajustar una rueda à dos palos, que el inventor de las fortificaciones modernas.

¿Qué nos queda de Grecia?

Libros y mármoles. ¿Por qué es grande aquella nación, por la guerra, ó por la filosofía y por el arte?

¿Fue la invasión de los persas lo que la impidió «caer en el más repugnante materialismo?»

¿Fue acaso las invasiones de los bárbaros lo que salvó y regeneró à Roma?

¿Fue Napoleón I el continuador del gran movimiento intelectual comenzado por los filósofos de fines del siglo XVIII?

Deduzcamos francamen-
te la consecuencia lógica: puesto
que los gobiernos se arrogan el derecho
de muerte sobre los pueblos, nada tie-
ne de extraño que los pueblos se to-
men à veces el derecho de muerte
sobre los gobiernos. Se dependen con
razón: nadie tiene derecho absolu-
to de gobernar à los otros.

Juy de Maupassant,
(Sur l'Eau)

Supongamos un hombre
nauado con un caracter
independiente, lleno de

savia y que, sintiéndose bastante fuerte para no recibir nada de la sociedad, no quisiera darle nada. He aquí lo que sería su vida: nace y se le aprisiona en una envoltura; a los seis años se le entrega a los pedagogos que le enseñan palabras y le repiten que razonar es el mayor crimen posible.

En poder de dichos pedagogos, le quedan dos únicas probabilidades de porvenir: o reduce su espíritu a la medida estrecha y merquina de esas ideas, sometiéndose a la educación que se le da, dejando enmohecer sus facultades y volviéndose bestia; o luchando contra maestros e ideas, su espíritu se perturba y no consigue más que retardar el momento penoso de renunciar

a su individualidad,
de abandonar la idea de
ser un ser completo para
convertirse en fracción y
representar su papel en
la farsa del estado social.

Llegado a la edad del
servicio militar, se ve obli-
gado a someterse a órdenes
indiscutibles de un cual-
quiera que suele ser un
ignorante; tiene que ad-
mitir como artículo de
fe que nada hay más no-
ble y grande que renun-
ciar a tener una volun-
tad para hacerse instru-
mento pasivo de la volun-
tad de otro; ha de acuchillar
y hacerse acuchillar, sufrir
hambre, sed, lluvia, frío, ca-
lor y dejarse mutilar sin
saber porque y sin otra re-
compensa que un vaso de
aguardiente el día de la
batalla; ha de contentarse
con la promesa de una cota,

impalpable y ficticia,
la gloria y la immortalidad
después de la muerte, que da ó mega
con su pluma un foli-
culario en su gabinette
bien cómodo y caliente.

Le toca un balazo, el
hombre independiente cae
herido; sus compañeros
le acaban protegiéndole,
caminando sobre su cuerpo,
se le entierra medio vivo,
y entonces goza libremente
de la immortalidad; sus
compañeros y sus padres
le olvidan; Jaquel por
quien dio su felicidad,
sus sufrimientos y su
vida, ni le conoció, ni si-
quiera sospechó que exis-
tiera.

Por último, algunos

años despues se encuentran
sus huesos blanqueados
y con ellos se hace negro
de marfil o betuin inglés
para dar lustre a las botas
de su general.

Alfonso Kar

(Sous les Villenils.)

No nos asustemos de
fantasmas y ataquemos
al monstruo frente a

fronte arranquémole sus
secretos; obliguémole à re-
velarnos su verdadera Na-
turalera, y entonces se nos
presentará en toda su re-
pugnante fealdad.

El hombre ha salido de la
-animalidad. Probablemen-
te la especie anterior, de la
que procede, era vegetariana,
y hay fundados mo-
tivos para pensar que el
hombre se alimentaba es-
pecialmente de frutas
antes de la invención del
fuego; pero aun en la épo-
ca en que preferentemente

vivia de vegetales, si no te-
 nia necesidad de matar
 para comer, tenia necesi-
 dad de matar para no
 ser comido; porque el hom-
 bre, en su origen, se vio
 rodeado de terribles car-
 nivoros. Las primeras gue-
 rras de los hombres fueron
 con toda probabilidad con-
 batos defensivos contra
 los animales; pero des-
 pués, cuando el hombre
 inventó el fuego y pudo
 cocer las viandas, recono-
 ciendo el alimento ani-
 mal como más ventajoso,

de la defensa pasó al ataque. En la fase alimenticia, la muerte del vencido es el objeto final de la guerra, puesto que el vencido ha de ser devorado, y por consiguiente la guerra es una necesidad, pero exclusivamente respecto de los animales.

Desde la época más remota, hace ya más de 500,000 años, la conducta más ventajosa para el hombre consistió en aliarse a sus semejantes y formar una unión que abraza el mundo

entero, no siendo útil fa-
 más la guerra entre los
hombres. En todas las épo-
 cas la solidaridad ^{era} ~~era~~
 lo único capaz de provo-
 car el máximo de bien-
 estar en nuestra especie,
 pero durante largas se-
 rias de siglos los hombres
 fueron harto estúpidos
 para comprender esta ver-
 dad y demasiado igno-
 rantes para concebir si-
 quiera que formasen un
todo solidario. El horizon-
 te de la inteligencia hu-
 mana no se extendió, du-

sante un número incalculable de años, mas allá de la tribu ó del clan, y como el hombre era aun casi un animal, á las diferencias con sus semejantes aplicaba el mismo procedimiento que en su caso contra las fieras: el asesinato, es decir, la guerra.

Los siglos siguieron á los siglos; el hombre se desprendió progresivamente de la bestialidad primitiva, pero, como todo en la naturaleza, lentamente, entablándose un largo combate en

su espíritu entre las aspiraciones nuevas, producidas por la razón ilustrada y las tendencias atrasadas del bruto: esa lucha dura aún, y cuando la razón prevalece, los hombres resuelven sus diferencias por arreglo de toda clase, pero cuando prevalece la bestialidad, entonces apelan al asesinato, se hacen la guerra.

Como se ve, la guerra es sencillamente un retroceso a la bestialidad: no tiene, por consiguiente

nada de bello, de grande
ni de noble; por el contra-
rio, es una declaracion de
imbecilidad, una prueba
palpable de que se es in-
capaz de resolver ciertas
dificultades por la razon
¿Quié otra cosa que una
declaracion de impoten-
cia puede significar el
hecho de someterse a
la ciega casualidad?

Es pues, indudable que
cuando un hombre no
puede guiarse por la ra-
zon, demuestra que sus
facultades mentales se

rebajan precipitadamente al nivel del animal.

J. Novicov

La Federación de l'Europe

18

En la aldea dominaba la destrucción, mostrando todo lo que la guerra tiene de abominable cuando pasa devastadora como furioso huracán.

El espanto que oprimía a los corazones procedía de la vista de los escombros de aquella aldea tan simiente tres días antes con sus alegres casitas en medio de jardines, y a aquella hora hundida, ~~destruida~~ anonadada, no mostrando sino parcelas ennegridas por las llamas. La iglesia asiendo aún en una vasta hoguera de vigas humeantes de donde se elevaba continuamente al cielo una informe columna

de humo negro como un panado. Habian desaparecido calles enteras de un lado y de otro veianse restos calcinados bordeando los arroyos en un fango de ceniza negra y espesa que todo lo cubria. Las esquinas empujadas se hallaban arrasadas como si por alli hubiere pasado un vendaval de fuego. De otras casas que habian sufrido menos, alguna quedaba en pie, aiudada, mientras que las de la derecha e izquierda quedaban derribadas por la metralla. Levantando sus armaduras semejantes á mandados esqueletos.

Después viene la desolacion munda de lo que se habia intentado salvar: pocos muebles arrojados por las ventanas y derribos en las aceras, mesas con las patas rotas, armarios de costados abiertos ó de puertas rotas, ropa arrojada, desgastada, manchada con todas las huellas del pillaje, y á punto de hundirse bajo la accion de la lluvia.

E. Zola

(La Debida)

Alcanzamos la salida de la aldea. En la plaza, delante del castillo convertido en lazareto, estacionaban varios coches de las ambulancias.

Se bajaron los heridos.

Los coches eran de diferentes clases: unos eran sencillos carros llenos de paja, destinados á los heridos menos graves; otros, grandes cajones despropor-

didos sobre muelles y
 divididos en comparti-
 mientos semejantes á los
 camarotes de los barcos,
 y recibían á los desgra-
 ciados á quienes ya se ha-
 bían amputado algún
 miembro, ó aquellos cuyas
 heridas no les permitían
 ser expuestos al traqueteo
 de los carros.

Soldados, enfermeros y
 médicos llevaban sobre
 sus hombros, ó en brazos,
 uno á uno los cuerpos
 mutilados, que se sacaban,
 en medio de los alaridos
 y de los lamentos, del
 fondo de la paja en-

rangrentada y se les po-
nia en las parihuelas.

No seguia con la
vista la siniestra pro-
cesion de los heridos.

Los grupos decrecian
lentamente en el ancho
patio; masas negras y
dudosas subian una es-
calinata equilibrando
la posicion de sus bra-
zos para mantener ho-
rizontalmente las pari-
huelas y como sombras
que entrasen en los
sepulcros, desaparecian
en la profundidad de
los corredores. Y mientras
que los portadores mar-

caban cadenciosamente el paso para causar menos molestia al paciente, los quejidos se mezclaban al ruido regular de las pisadas.

A veces alguno sacaba de entre la paja una pierna, un brazo ó una mano y se producian momentos de espanto, sa confusion.

— De quien? preguntaban los enfermeros.

— Ncia, respondia una voz extensora.

Algunas veces no respondia nadie.

Sobre una parruela se amontonaban

á veces cuatro ó cinco de esos horribles restos no reclamados, y los heridos los miraban con espanto.

De repente se produjo un movimiento.

Un soldado francés se habia quedado en un cajón. Dos hombres robustos subieron como disponiéndose á una tarea difícil.

La puerta del fúnebre vagón era ancha y ante ella se prepararon otros enfermeros disponiéndose á prestar su ayuda si fuere necesaria.

— Grupet, tomale por

los hombros... Osi, dijo uno del grupo.

Los que subieron se dirigieron á un bulto que yacía en un rincón, y desataron unas cuerdas.

Se trataba de un herido que había necesitado que le atasen á causa de una fiebre cerebral furiosa.

Empezó una lucha; oíase un pataleo sordo.

El herido, con un fuerte movimiento, se levantó de su jergón, y con rechinar de dientes y gritos exasperados se debatía contra los enfermeros. Subieron dos hombres más.

Entre los cuatro se apoderaron del desgraciado que aprisionado de pies y manos entre brazos fuertes y puños vigorosos apareció a la puerta del carruaje lanzando bramidos furiosos, con los ojos inyectados de sangre y arrojando espuma por la boca.

Después se vió un oficial francés sentarse sobre su camilla y arrancar de las manos de un prusiano la pierna que se le había cortado, gritando: ¡Es mi pierna, no la toques!...

Todos los que pasaron durante un cuarto de hora re-

petian: ¡Matadme! ¡La
muerte! ¡Una bala en la
cabeza! ¡Matadme por
amor de Dios! ¡Oh! No hay
Dios, gritaba uno...

Y los médicos se encon-
traban en una especie de
anfiteatro sin igual en el
mundo, donde se hubiesen
mostrado tantos dolores jun-
tos, y en su impotencia ar-
queaban las cejas y remar-
caban los bigotes.

E. Lemonnier

^a (Leo Charniers)

Un genealogista cuenta
 a un príncipe que desciende
 en línea recta de un conde cuyos
 padres habían celebrado un pacto
 de familia, hace trecientos o
 cuatrocientos años, con una casa
 cuyo recuerdo se ha perdido, la
 cual tenía pretensiones lejanas
 sobre una provincia cuyo último
 poseedor murió de apoplejía.
 El príncipe y su consejo ven su
 derecho evidente: esta provincia,
 que se halla a más de cien
 leguas de distancia, protesta
 de esa pretensión, y añade que
 malditas las ganas que tiene
 de ser gobernada por tal príncipe,
 a quien no conoce siquiera, y
 que para dar leyes a las gentes

se necesita por lo menos su consentimiento. Cuanto perdido: esas razones no llegan á oídos del señor, cuyo derecho se juzga incontestable, y este encuentra en seguida gran número de hombres que nada tienen que perder; los viste con paño azul de la pesetas corte; los da sombreros bordados con hilo blanco; los enseña, ó manda que se los enseñe, media vuelta á la derecha, media vuelta á la izquierda y á la voz, ó mejor al bramido ejecutivo ¡arrr!! en marcha hacia la gloria.

Los otros príncipes que oyen hablar de esta empresa, toman parte en ella cada uno según su poder, y una extensión del país se cubre de más mercenarios asesinos que los que Uengis-Kán, Camerlán ó Bayaceto llevaban tras de sí.

También llega á noticia de pueblos bastante lejanos que va á haber guerra y que se paga un real ó real y medio diario por individuo al que quiera entrar en la que se arma, por lo que en seguida se forman grupos que se dirigen á vender sus sanguinarios servicios al que quiera comprarlos.

Estas multitudes se ensañan luego las unas contra las otras, no sólo sin interés en el asunto, sino sin saber si quiera de qui se trata.

Vence á la vez cinco ó seis potencias beligerantes, tan pronto tres contra tres, como dos contra cuatro ó una contra cinco, que se detestan recíprocamente, uniéndose ó atacándose alternativamente; todas, no obstante, de acuerdo en un solo punto: en hacerse todo el daño posible.

Lo maravilloso de esa
 empresa infernal es que cada
 jefe de banda de asesinos ha
 hecho bendecir previamente sus
 banderas e invoca á Dios con
 toda solemnidad antes de comen-
 zar el exterminio de sus pró-
 ximos. Si un jefe consigue que
 perezcan dos o tres mil hombres,
 considerando que la cosa no
 vale la pena, no se acuerda de
 Dios para nada; pero si la
 matanza se eleva á diez mil,
 y por añadidura se ha destri-
 to una ciudad por el hierro,
 por el saqueo y por el incendio,
 entonces, con toda ceremonia,
 entre los vapores del incienso
 y con acompañamiento de
 órgano se canta una canción
 larga y pesada, compuesta en
 una lengua desconocida de los
 combatientes, y en ocasiones
 hasta de los mismos cantantes,
 atiborrada de sardeces y barbaria

inos, con la particularidad de que esa misma canción sirve, no sólo para celebrar el asesinato y la destrucción al por mayor, sino también para bodas, bautizos y otros muchos menesteres, cosa imperdonable para algunos países que tienen fama por la originalidad y novedad de sus canciones.

La religión natural impide a los hombres cometer crímenes; un hombre recto y de buenos sentimientos rechaza el asesinato; pero la religión artificial excita a todas las crueldades colectivas: conspiración, sediciones, bandidaje, emboscadas, sitios y asaltos de ciudades, saques, matanzas, a las que los individuos acuden alegremente bajo la bandera de ~~un~~^{su} santo.

Se paga por todas partes

cierto número de perorantes para celebrar y enaltecer esas jornadas sangrientas, que van vestidos de una manera rara y muy diferente de los demás hombres: unos con mantos bordados sobre ^{el} traje talar, otros le cubren con una especie de camisa y otros aún se ponen encima un ropaje que consiste en dos colgantes de abigarrada tela, recargada de galones y bordados de oro, que penden por detrás y por delante. Todos hablan mucho tiempo y siempre citan lo que sucedió antiguamente en Palestina a propósito de un combate en Veteravia.

Lo restante del año, esas gentes declaman contra los vicios, probando en tres puntos y por antítesis que las damas que se puntan con un poco de carmin

sus frescas mejillas, serian objeto de las eternas venganzas del Eterno; que Poliuto y Stalio son obras del demonio; que un hombre que se hace servir a su mesa por valor de doscientos escudos de frescos y exquisitos pescados en cuarenta se salva, mientras que un infeliz que come quince centimos de carne va a todos los diablos por un tiempo sin fin.

Entre cinco o seis mil declamaciones de esa especie, sólo hay tres o cuatro, todo lo más, compuestas por un tal Massillon, que un hombre sensato pueda leer sin repugnancia, pero en todas ellas apenas se encontrarán dos en que el orador se atreva a decir algo contra la guerra, ese crimen que incluye todos los crímenes

y que es el mayor azote de la humanidad.

Esos perorantes hablan incesantemente contra el amor, que es el único consuelo del género humano y el único medio de reconstituirle, y no dicen apenas una palabra contra los esfuerzos abominables que se hacen para su destrucción.

Bourdalone dejó un sermón famoso contra la impureza, pero nada dijo contra esos asesinatos variados de tantas maneras, sobre esa rabia universal que desola el mundo. Todos los vicios reunidos de todos los tiempos y de todo los lugares no igualarán jamás los males que produce una sola campaña.

Voltaire

(Dictionnaire philosophique)

Poco á poco la conversacion se hizo interesante y Micromegas (ser imaginario, de ocho leguas de estatura, habitante de un planeta de la estrella Sirio, y llegado á la Tierra en compania de un habitante de Saturno) habló de esta manera:

« Oh, átomos inteligentes, sin duda gozaréis alegrías bien puras en vuestro globo, porque con tan escasa materia y pareciendo todo espíritu, debéis de pasar vuestra vida pensando y amando, como corresponde á verdaderos espíritus. No he visto en parte alguna la felicidad verdadera; aquí existirá sin duda. »
 Et este discurso, todos los filósofos movieron la cabeza negativamente, y uno de ellos, más franco que los otros, declaró de buena fe que, á excepción de un corto número de habitantes muy poco considerados, el resto es un conjunto de locos, de perversos y de desgraciados. « Venimos materia de sobra para obrar el mal

si el mal procede de la materia, y demasiado espíritu, si el mal procede de éste. Sepa usted que en este momento en que le hablo en 1737, en cuya fecha había guerra entre rusos y turcos, hay cien mil locos de nuestra especie que usan sombreros, que matan otros cien mil que se cubren la cabeza con un turbante, ó al revés, y que así se hace en casi toda la tierra desde tiempo inmemorial. El siriano tembló, y preguntó cual era el motivo de tan horribles querellas entre tan raquíticos animalillos. « Se trata, dijo el filósofo, de un montón de barro (la Cirmea, que pertenecía entonces á la Turquía), no más grande que nuestro tablón, y no es que á ninguno interese lo más mínimo el asunto por el cual se hacen degollar, sino que es cuestión de saber si ha de pertenecer á un hombre á quien se llama Sultán ó á otro llamado César. Ni el uno ni el otro ha visto ni verá el rincón de tierra de que se trata, y casi ninguno de esos animalillos que se degüellan mutuamente ha visto jamás el animal por el cual se matan. »

— ¡oh desgraciados! exclamó el siriano con indignación, es inconcebible ese exceso de rabia furiosa.

Me vienen ganas de dar tres patadas y aplastar ese hormiguero de ridículos asesinos.

— No se tome usted esa molestia, se le respondió, hasta trabajan ellos para su propia ruina. En cabo de diez años no quedará ni la centésima parte de esos miserables, y aun cuando no hubiesen recurrido á las armas, el hambre, el cansancio ó la intemperancia se llevaría á todos. No es á ellos á quienes hay que castigar, sino á esos bárbaros sedentarios que, desde el fondo de su gabinete, mandan, mientras hacen la digestión, al asesinato de un millón de hambres y que dan luego por ello solemnemente gracias á Dios.

Voltaire

(Hiromegas.)

Guerra, guerreros.— Los guerreros son tan numerosos como las olas del mar, cuando Orión desencadenado las levanta, o que las espigas que amarillean en los campos de licia o en los que baria el Hermes.

(Virgilio, Eneida.)

Decis que los guerreros no son, ni con mucho, tan numerosos como las olas de los mares ni como las espigas de los campos, pero añadís que ya robaban en tiempo de Virgilio, y surge la pregunta: en definitiva, ¿para qué sirven los guerreros?

Los motivos de colisión son siempre los mismos entre todas las criaturas: los hombres se batan por la tierra, por las mujeres y por las posesiones; los animales, por su presa, su vida y su hembra, pero más racionales que nosotros, luchan por lo que los interesa directamente, en tanto que los hombres nos peleamos generalmente

por un hombre a quien no hemos visto nunca,
 contra hombres a quienes no conocemos, y esto
 sin beneficio para nadie. El que nos impulsa
 a la lucha puede hacerlo según un sistema que
 ni siquiera es suyo, pero que lo cree bueno,
 porque el hombre, lo que cree más fácil-
 mente y con mayor fuerza y perseverancia
 son las tontorías, y a mi juicio, de todas las
 maneras de morir, la peor es morir por
 tonto.

Entre las creencias tontas, una de las
 peores consecuencias, es la que asegura que
 hacer mal a los hombres puede hacer bien
 a los dios. Sin embargo, en esa tontoría axio-
 mática se fundan todas las declaraciones
 de guerra.

Baucher de Perthes

(Hommes et choses)

El pensamiento predominante
 de Egidio consiste en con-

siderar la guerra como un síntoma, como una de las numerosas formas accidentales del positivo mal que es preciso destruir; cual es la violencia en las relaciones de hombre á hombre: dirigirse directamente contra la guerra, contra la guerra sola, es un error, una falta de tática; lo que hay que destruir en todas sus manifestaciones es la violencia, no sólo aquella violencia ejercida con miras políticas ó de conquista, ó para imponer una idea á las inteligencias libres que la rechazan, sino también aquella otra que se ejerce en la lucha por el pan cotidiano, aquella violencia por la cual unos poseen mucho y los otros carecen hasta de lo necesario. Según Egidy, ^{no} hay que reconocer á cada uno el derecho á la existencia puramente animal, sino á la

existencia digna de un hombre.

Según la más reciente estadística, en un año han ocurrido en Francia 420 casos de muerte por inanición: más de uno diario. Sin embargo el número es bastante deficiente aún, porque las estadísticas no indican más que el número de los individuos que se han encontrado muertos, y cuya autopsia ha revelado que realmente han perecido por no haberse desayunado varios días seguidos; pero á ese número ha de agregarse, primero todos aquellos que han muerto por la misma causa, y además aquellos otros que por cualquier causa han escapado á la comprobación oficial, y luego, y muy principalmente los que, sin sucumbir bruscamente á una crisis de inanición demasiado prolongada, no

han vivido bastante porque generalmente no han comido lo suficiente, y estos se contarían por muchos miles si pudiese contárseles. Calcúlese la duración media de la vida de un país cualquiera, primero entre los habitantes de buena posición y luego en el resto, y se verá ¡que número formidable de existencias segadas anualmente por la miseria, que no es otra cosa que hambre crónica!

Pero aunque no hubiera más que las 420 defunciones anuales oficialmente atribuidas por la estadística á otras tantas casos de crisis aguda, todavía quedaría el derecho y se tendría el deber de rebelarse contra la posibilidad de semejante estado de cosas; porque no es admisible que tales hechos se produzcan diariamente en una sociedad civilizada, ó á lo menos, si se producen, de ellos se tiene conocimiento y la sociedad na-

se comunene hasta el punto de evitar su reproducción, pierda esa sociedad el derecho de llamarse civilizada. Es intolerable que haya un hombre apto para el trabajo y con voluntad de trabajar, que esperando encontrar trabajo pueda morir de hambre ó verse reducido á un estado de miseria confinando con la inanición.

Esta verdad elemental, aun no comprendida por gran número de personas nos la indica Egidy con su concisión habitual. No quiere esto decir que se presente al público como poseedor de una fórmula mágica que reorganize la sociedad por completo y de la noche á la mañana; no cree él en la existencia de tal panacea aplicada de golpe; pero nos señala con una palabra uno de los vicios fundamen-

tales de esta sociedad de que
 nas mas tramas tan orgullo-
 sos (y que seguramente es supe-
 rior á la del hombre de las ca-
 vermas), haciéndonos comprender
 que nuestro primer deber
 consiste en remediarlo por
 todos los medios posibles. No
 se trata simplemente de
 una cuestión de vientre,
 como con desden inconveniente
 suponen ciertos hombres, que
 no conocen el hambre y ni
 remotamente admiten la
 idea de verse reducidos á
 sufrirlo, sino más bien de
 hacer patente que esa "cuestión
 de vientre" domina é incluye
 todos los otros graves conflictos.
 La existencia miserable y pre-
 caria á que se ven condenados
 millones de hombres en los
 países injustamente llama-
 dos civilizados, los rebaja po-
 sitivamente á ser vientos que

hombres, eso constituye una ofensa á la dignidad humana; es más, es su completa negación.

La dignidad del ser humano es para Egidy una verdadera religión, exhortándonos que debemos desechar toda violencia física ó moral, reconocer que somos solidarios los unos de los otros y ayudarnos mutuamente en consecuencia. Quiere inspirarnos, no una vana caridad, más ó menos benévola, más ó menos desdeñosa sino el sentimiento de justicia y aquella "moral superior que se manifiesta por la concepción de la concordancia de nuestros intereses."

Gastón Mack

(Être sans violence.)

¡Cuántas confusiones resultan del mal empleo de las palabras! La palabra salvaje, que en su origen significaba frustrado, bárbaro, inculto, se ha aplicado después a los pueblos aborígenes. Como, por represalias, esos pueblos se condujeron con perfidia hacia los viajeros, se consideró como universal ese rasgo particular de carácter, y salvaje fue sinónimo de feroz. De ahí se purgó falsamente que el salvajismo, tomado en ese sentido, caracteriza al no civilizado. Y, sin embargo, la inhumanidad de que

132

dan pruebas las razas llamadas
civilizadas no es menor y con
frecuencia supera a la de las
razas que se califican de no
civilizadas.

Prescindamos de las crueldades que manchan los anales de las antiguas naciones de Oriente, de las cuales pueden citarse los asirios como ejemplo; recordemos de paso las harańas tan admiradas de los griegos de Homero — embuste-ros, ladrones y asesinos, como los muestra Grote en su Historia de Grecia, — de aquellos griegos cuyos héroes se complacen en cometer atrocidades; no nos sistamos en la brutalidad de los espartanos, ni sobre la dureza de corazón, que no califican.

la peor, de los griegos de época
 menos remota, y lleguemos á
 los romanos, cuya implacable
 civilización, tan alabada por
 los admiradores de sus conqui-
 stas, han atraído sobre Europa
 siglos de miseria. Veinte gene-
 raciones de guerras devastado-
 ras desarrollaron en ellas
 una naturalera de cruel
 ferocidad á la que la peor
 raza bárbara conocida no
 llega jamás. Los indios de la
 América del Norte tienen la
 costumbre de martirizar sus
 cautivos, pero no á sus dis-
 claros. En Fidji, algunas
 tribus sometidas, están suje-
 tas á la obligación de suminis-
 trar víctimas para los festi-

132

nes de los caritables, pero los
fidjianos no llegan hasta
matar centenares de compa-
ñeros de esclavitud del esta-
do que ha asesinado a su ama.
Por último, si los pueblos no
civilizados reducen a esclavi-
tud a los vencidos, no los agor-
pan en rebaños para hacer
los trabajar como bestias de car-
ga, ni les niegan sus derechos
de hombre, ni condenan sus pri-
sioneros a que les satisfagan
su pasión por la sangre de-
rramada en los combates
de los circos, pasión tan impe-
riosa en Roma, que se im-
ponía con tanta exigencia co-
mo la necesidad de acallar
el hambre. Exceptuando los fid-

135
gianos, y empleando la pala-
bra salvaje en su acepción
moderna, podemos decir
con toda seguridad que los
salvajes de piel blanca de la
antigua Roma excedieron en
horror a cuanto los salvajes de
pieles de colores han podido
hacer en todos los puntos del
globo.

Si los hombres no se ce-
garan por las preocupacio-
nes teológicas o patrióticas,
reconocerían que en la Eu-
ropa cristiana y durante la
mayor parte de su historia,
la inhumanidad sostenida
por las guerras entre las na-
ciones y por las discordias en
el seno de cada nación, ha

alcanzados límites extremos que exceden con mucho los de la inhumanidad de los pueblos inferiores que consideramos como feroces. No hay duda que Europa nos ofrece el equivalente de las atrocidades cometidas por razas semicivilizadas, como los mejicanos o los pueblos de la América central, que desollaban vivas las víctimas y les arrancaban el corazón todavía palpitante; pero los europeos que profesan ostentablemente una religión de amor, van mucho más allá que aquellos salvajes en su ingenio en la invención de las innumerables variedades

des de suplicios desterrados a
profundizar la agonía de los
herejes, de las brujas y de
los criminales políticos. En la
actualidad, aunque entre
nosotros la disciplina de una
vida social pacífica haya
hecho desaparecer toda esa
humanidad de aquel géne-
ro, vemos, sin embargo, a
nuestros compatriotas cometer
en ultramar actos crueles,
si no los mismos, de otro
género no menos censurable.
Los crímenes de los colonos
australianos, los de los me-
rodadores de las costas y los
de los piratas en el Pacífico
evidencian la conducta bár-
bara de los invasores europeos.

hacia las razas indígenas, y, no obstante, cuando esas razas practican las represalias se les califica con el epíteto de salvajes.

Herbert Spencer

(La Morale des différents peuples)

Hay ahí un glubuli,
lo que se arremolina en
el vacío en cuya superficie
vegetan 1.200 millones
de insectillos razonadores

sin saber de donde vienen
 ni a donde van, naciendo ca-
 da uno de ellos para morir
 pronto formando entre to-
 dos una pobre humanidad
 que ha resuelto el problema,
 no de vivir dichosa bajo
 el ^{el} ~~el~~ de la naturaleza, sino
 de sufrir constantemente
 por el cuerpo y por el espí-
 ritu. Sin salir de su igno-
 rancia primitiva no se
 eleva a los gozes intelectuales
 del arte y de la ciencia y
 se atormenta perpetuamen-
 te con ambiciones quimé-
 cas. ¡Extraña organizacion

social! Dividida en reba-
 ños, entregada a jefes, rese
 de tiempo en tiempo esos
 rebataos atacados de locu-
 ra furiosa lanzarse unos
 contra otros y la hidra in-
 fame de la guerra siega vic-
 timas que caen como espis-
 gas maduras en campos
 emangrentados: por termi-
 no medio se matan cua-
 renta millones de hombres
 cada siglo para mantener
 la direccion microscopica
 del globulillo en varios
 hornigueros.

Flammation

(Autonomie populaire)

Uerge que no se embutezca por más tiempo á la juventud en salzando y ponderando las hazañas bajo los nombres pomposos de grandes reyes, grandes emperadores, grandes batallas y grandes triunfos. Uerge con urgencia apremiante que se enseñe especialmente á los niños que las guerras, de las que acaso les tocará ser las primeras víctimas, son

crimenes abominables y
vergonzosos que pesan
sobre los que las empre-
den.

Se objetará sin duda
que ciertas guerras son di-
ficilmente inevitables, y
para persuadir de ello
á los niños se les enseña
que sobre las nubes existe
un Júpiter cualquiera
que se encoleriza cuando
le parece y que, como el
Dios de Job, suspende los
razonamientos para lan-
zar truenos y rayos; se
les enseña también, mos-

triándoles imágenes al efecto, que la personificación de la Justicia, que ellos toman por un personaje de carne y hueso, no podría existir sin un sable en la mano, de donde resulta que la justicia no es otra cosa que uno de tantos medios de manifestar que sólo se puede ser justo á sablazos, á tiros y cañonazos. Un príncipe, un general, en una palabra, todo el que mata ó hace matar muchos hombres llamados enemi-

gos, aun cuando no tenga razón y ellos sí, pasa por un gran príncipe y un gran general, y lo que se necesita es que los niños sepan que esos tales príncipes y generales son en realidad estúpidos y criminales dignos solo del mayor desprecio.

Benjamin Perrier

(Annuaire de la Alliance scientifique)

Todo el batallón bajó al Rhin, que atravesamos seguidamente. No estábamos solos en el río; precediéndonos unos quinientos pasos, se veía un convoy de pólvora, conducido por soldados que emprendía el camino de Frankfurt. El hielo no estaba resbaladizo, era más bien una especie de escarcha.

Al llegar á la orilla opuesta, tomamos un

camino que se prolongaba entre dos colinas, y continuamos marchando durante cinco horas, descubriendo á derecha e izquierda aldeas pintorescas. Lebedev, que marchaba á mi lado, me dijo:

-Ya que ha sido preciso salir, prefiero que haya sido á la guerra. Al menos todos los días ve uno cosas nuevas, y si tenemos la dicha de volver, podremos contar muchas cosas.

-Sí, pero yo preferiría saber menos, le dije: más vale vivir por su propia cuenta que por cuenta de los otros, que están tranquilamente en su casa mientras que nosotros nos arrastramos por la nieve.

— Si no miras la gloria, contestó el otro; sin embargo la gloria es algo.

A lo que yo respondí:
— La gloria es para otros, Tebedeo, no para nosotros; para aquellos que viven, comen y duermen bien, y disfrutan de danzas y regocijos, como se lee en los periódicos, mientras nosotros, que les ganamos esa gloria, ayunamos, sudamos y nos rompernos los huesos. Los pobres como nosotros, á quienes se obliga á partir, cuando vuelven después de haber perdido la costumbre del trabajo y algunas veces un miembro, no tienen gloria. Muchos de sus antiguos compa

reros que no valían,
 más y que hasta traba-
 jaban menos y peor,
 han ganado dinero
 durante los siete años,
 han puesto una tien-
 da, se han casado con
 las novias de los otros,
 tienen buenos y hermo-
 sos hijos, son hombres de
 pro, concejales, notables,
 y cuando los que vuel-
 ven de buscar gloria
 matando hombres, pa-
 san, los miran sobre
 el hombro, y si por aca-
 so tienen la nariz roja
 por haber bebido aquar-
 diente para reanimar-
 se un poco contra los
 efectos de la lluvia, de
 la nieve ó del cansan-
 cio, ellos los que beben
 buen vino, dicen: "¡Bo-

rachos!" y a aquellos po-
 bres quintos que no de-
 seaban más que per-
 manecer en el seno de su
 familia y trabajar, se
 convirtieron luego en men-
 digos. He ahí en lo que
 pienso, Tebe deo, y como
 eso me parece injusto,
 preferiría que los ami-
 gos de la gloria fueran
 a batirse y nos dejaran
 en paz.

Ermann-bhatian

(Histoire d'un concert de 1813.)

Babouc montó en su camello
y partió con sus servidores. Al
cabo de algunas jornadas encontró
en las llanuras de Samnaar al
ejército persa que iba á combatir
al ejército indio. El viajero se
dirigió á un soldado rezagado
y le preguntó el motivo de la
guerra. ¿¿Qué sé yo? respondió

el soldado. ¿Si a mí qué me importa? Mi oficio es matar con peligro de morir para ganarme la vida, sin mirar si es en provecho de uno ó de otro.

Hoy estoy aquí y podría ser que pasara mañana al campo de los indios, que dicen que pagan á sus soldados casi medio dracma de cobre diario más que en este maldito servicio de Persia. Si usted desea saber la causa de esta guerra, hable á mi capitán.

Babouc dió una propina al soldado, entró en el campo y pronto trabó conocimiento con el capitán, á quien preguntó la causa de la guerra. «Ni lo sé, ni quiero saberlo», respondió el capitán. Vivo á doscientas leguas de Persépolis; he oído decir que se había declarado la guerra, y en seguida abandono mi familia y voy en busca, según nuestra costumbre, de la fortuna ó la muerte, puesto que no tengo otra cosa que hacer. — Pero á lo

menos los otros compañeros estarán mejor informados que usted. — ¡Cá! Apenas si los principales sátrapas saben á punto fijo por qué nos matamos. »

Babone admirado se introdujo entre los generales, y ganó su confianza; uno de ellos le dijo: «La causa de esta guerra que asola hace veinte años el Asia, tuvo origen en una querrela suscitada entre un euneco de una mujer del gran rey de Persia, y un dependiente de una oficina del gran rey de

las Indias: se trataba de un derecho que representaba la trigésima parte de una dárica (la dárica equivale a' 24 francos). El primer ministro de las Indias y el nuestro sostuvieron dignamente los derechos de sus amos.

Terminóse la guerra, se pusieron en campaña de una parte y de otra un millón de soldados y cada año hubo de reclutarse cuatrocientos mil hombres, los asesinatos, los incendios, las minas y las devastaciones se multiplican, el universo sufre y el en-

canizamiento continúa. Estos
primer ministro y el de las In-
dias aseguran que obran inspi-
rados por el bien del género
humano, y a cada seguridad
de esas acompañan siempre algu-
na ciudad destruida y algu-
nas provincias asoladas. >>

El día siguiente, a con-
secuencia de un rumor que
corrió acerca de la próxima fir-
ma del tratado de paz, el ge-
neral persa y el indio se apre-
suraron a dar batalla, que fué
terrible y sangrienta. Babone
presenció todas las faltas y to

das las abominaciones; fué testigo
 de las maniobras de los princi-
 pales sátrapas, que hicieron
 cuanto pudieron para que su
 jefe fuera derrotado; vió
 oficiales muertos por sus pro-
 pias tropas, y soldados que
 acababan de matar a sus com-
 pañeros expirantes para arran-
 carles algunos girones sangui-
 lentos, desgarrados y cubiertos de
 fango; entró en los hospitales
 adonde se transportaba los heri-
 dos, cuya mayor parte espiraban
 negligencia inhumana de aque-
 llos a quienes el rey de Persia

paga espléndidamente para
socorrerlos. «6 Son hombres,
exclamaba Babouc, o' fieras?
¡Oh, bien se ve que Persé-
polis será destruida!»

Voltaire.

(Le Monde comme il va)

En Alemania, la cuna
 del servicio obligatorio, Gopri-
 vi ha expresado lo que se ocul-
 taba cuidadosamente, á saber:
 que los hombres á quienes se ha
 de matar no son solamente los
 extranjeros, sino también los
 nacionales; son mismos obreros
 que suministran el mayor nú-
 mero de soldados. ¡ Y esta de-
 claración no le abierto los
 ojos á los hombres y no los ha
 aterrorizado! ¡ Y una vez he-
 cha, lo mismo que antes, se
 someten á todo lo que de ellos
 se exige!

Pero hay más aun: el emperador de Alemania ha explicado con más precisión la misión del soldado, en el acto de dar las gracias y recompensar a un soldado que mató a un prisionero que trataba de huir. Al premiar una acción que se ha considerado nunca antes como *vitæ et infamæ*, hasta por los hombres colocados en el grado más bajo de la escala moral, Guillermo II ha demostrado que el deber principal del soldado consiste en ser *veridicus*, no como el de profesión, que mata criminales condenados, sino de víctimas inocentes a quienes el jefe manda sacrificar.

También en el Fodo: en 1892, el mismo Guillermo, especie de niño imprudente, que melta con ingenuidad infantil lo que los astutos viejos y callan, ~~se~~ hablando a algunos soldados, dijo públicamente lo siguiente, reproducido al otro día por miles de periódicos:

« ¡Quintos! ¡Acabáis de jurarme fidelidad ante el altar! Pois ammy jóvenes hera comprender toda la importancia de lo que aquí se he dicho, ver lo que os se comiendo que ante todo os cuidéis de obedecer los órdenes y las instrucciones que

se os deu. "Me" lo habéis jurado, hijos de mi guardia; desde ahora sois "mis" soldados, "me pertenecéis en cuerpo y alma." Ya no tenéis más enemigo que "mi" enemigo. Con las agitaciones socialistas actuales podría suceder que se os mandase tirar contra vuestros varientes, contra vuestros hermanos, contra vuestros padres, contra vuestras madres... aun en este caso debéis obedecerme sin vacilar."

Este hombre expresa todo lo que los gobernantes cautos piensan aunque lo oculten, y dice resoltamente que los que sirven en el ejército están á "su" disposición ser-

vicio y deben estar á punto,
 en "tu" beneficio, de matar
 á tus hermanos y á tus padres.

Con brutal franqueza ex-
 pone el horror del crimen
 á cuya perpetración se preparan
 los reclutas del ejército, y el
 abismo de humillación en que
 se han precipitado prometiendo
 obediencia.

Como hipnotizador atro-
 vido, experimenta el grado de
 insensibilidad del hipnotizado,
 aplicando á su piel un hierro
 candente; la piel humea y
 chisporrotea, pero el hipnoti-
 zado no se despierta.

Este hombre enfermo, mi-
 serable, ebrio de poder, ofen-

de con sus palabras los sentimientos más sagrados del hombre, y todo el mundo las deja pasar como cosa corriente, pareciendo como lo más natural someterse á ellas con docilidad. Todos los jóvenes de Europa hacen por esa prueba, y, salvo raras excepciones, reniegan de todo, aceptan la perspectiva de matar á su hermano ó á sus padres para obedecer las órdenes de un soldado loco galoneado que les da por jefe.

Un salvaje cualquiera tiene siempre una idea respetable y digna por lo cual está dispuesto á sacrificarse

su vida. El hombre moderno,
 por el contrario, acepta el sacri-
 ficio de su dignidad y de su
 vida en obsequio de su tí-
 rano, declarándose dispuesto
 a matar a su compatriota, a
 su amigo, a su hermano, a
 su padre, a su madre!... Se
 le atavia con una vestimenta
 grotesca, se le manda marchar,
 correr, saltar, inmobilizarse,
 hacer movimientos ridículos, sa-
 ludar, matar, y todo lo ejecuta
 con docilidad mecánica. Después,
 el que por exceso de holgazanería
 no se dedica a esas viles funcio-
 nes que le autoridad necesita y
 paga a poco precio y que el que
 lo sufre como un vejámen

y considera infamantes, libere
ya, como si nada hubiese ocu-
rrido, vuelva á su antigua vi-
da y hable de la dignidad huma-
na, de la libertad, de la igualdad
y de la fraternidad.

"¿Qué haremos?" se pregunta á
veces con perpellejidad sincera.

"¿? todo el mundo se negase
á ser soldado... pero uno solo
se sacrificaría sin utilidad ha-
re nadie."

Y es cierto: el objeto de la
vida individual es la propia fe-
licidad. Aunque el concepto
social sea diferente, el individuo
no puede más; le conviene, co-
mo el mal menor, someterse, y
se somete. Solo es impotente,
y mirar á otros no es posible,

porque lo impiden los que les dirigen.

Se dice que la invención de terribles máquinas de guerra acabará por hacer la guerra imposible; es falso; del mismo modo que se pueden aumentar los medios de exterminio, se progresa en el arte de someter los hombres. Que se les mate por miles ó por millones; no importa; ya irán como rebaño estirpado: unos irán por fuerza, y otros voluntariamente, con tal que se les permita adornarse con cintas y galones...

Leon Dolsto;

(Le salut est en vous)

Se me pregunta: "¿Necesitan aún la guerra las naciones civilizadas por las condiciones históricas, por el derecho y por el progreso?"

Y respondo: "No solamente no lo necesitan ya, sino que no lo han necesitado nunca, ¡absolutamente nunca! Antes al contrario, la guerra ha falseado siempre el desarrollo histórico de la humanidad, ha violado el

derecho, ha detenido el pro-
greso. =

No hay duda que algunas guerras han sido seguidas de resultados benéficos para la civilización general, pero las consecuencias perjudiciales de esas guerras han sido siempre superiores á esos beneficios. Lo que hace que sobre esto se forme juicio equivocado, es que sólo una parte de esas malas consecuencias es inmediatamente visible, y las otras, que suelen ser las más graves, son indirectas y como tales no son

tan durante mucho tiempo
 à la inteligencia humana.
 Se empiera à verlas ac-
 tualmente, y ahora se dice,
 como lo ha manifestado
 hace poco Molinari en su
 libro Grandeur et décadence
de la guerre, que la guerra
 "no es ya" útil al pro-
 greso de la civilización,
 cuando lo cierto es que no
 lo ha sido nunca.

No es esta afirmación,
 apelo à la más estricta
 rectitud de juicio, un acceso
 de tirantismo ni un ca-
 picho de rectario, sino una
 verdad de grandísima importancia.

Si concedemos a los defensores de la guerra estas sencillas palabras ahora, les autorizamos para que digan que la discusión entre ellos y nosotros es simple cuestión de oportunidad, de apreciación personal, reducida a que nosotros veamos la guerra ya inútil, mientras ellos la pregan ahora útil. En estas condiciones, nos concederán fácilmente que acaso llegue a ser inútil, o ~~por~~ perpendicular... mañana... en un futuro que permite el tiempo suficiente para

hacer a los pueblos las
sempiternas intenciones para sa-
tisfacer las ambiciones per-
sonales del dominador en
cuyo nombre se habla.

Porque tal ha sido en
todos los tiempos y tal es to-
davía la única, la esclusiva
función de la guerra: pro-
curar a un corto número
de hombres el poder, los
honores y las riquezas a
expensas de la masa cuya
credulidad explotan, cre-
dulidad mantenida por preo-
cupaciones fomentadas

por los mismos deya el nombre
de gloriosas tradiciones
o principios sacrosantos del or-
den social.

Capitán Gastón Mach

S'É sans violence

Los habitantes del planu-
ta terrestre están aún en tal
grado de inepticia ^{de} ininteligencia
y estupidéz, que se ve en los
países más civilizados como los
diarios refieren sencillamente, sin

discusión y como la cosa más
 natural, los arreglos diplomáticos
 que los ~~reyes~~ jefes de Estado
 hacen entre sí, las alianzas
 contra un supuesto enemigo,
 los preparativos de guerra y
 los pueblos permiten á sus jefes
 que dispongan de ellos como
 si fueran reses, se dejan condu-
 cir al matadero y ser sacrificados
 en repugnantes momentos,
 sin considerar que la vida
 de cada individuo es una pro-
 piedad personal, y que es una
 acción criminal de parte de
 un hombre cualquiera asesinar
 cien mil reses humanas...
 Los habitantes de esta singu-
 lar planeta han sido educa-
 dos en la idea de que hay na-
 ciones, fronteras, banderas y
 tienen tan débil sentimiento
 de la humanidad, que se bo-

va en cada pueblo ante el de
 la patria... ¡Cuán cierto es que
 que si los hombres que piensan
 quisieran entenderse, esta si-
 tuación cambiaría, porque
 individualmente nadie desea
 la guerra... y luego hay engras-
 najes políticos que dan vida
 a una legión de parásitos!

Flammarion

(Les Corr du Ciel)



El castigo, aun el me-
 leve, implica un princi-
 pio servil de obediencia
 por temor. Por mi parte,
 no creo haber obedecido en
 ninguna época de mi vida;
 he sido, si elocut., sumiso,
 pero á un principio es-
 piritual, jamás á una
 fuerza material, hija
 del temor al castigo. Mi
 madre no me cuando un-
 ca nada. Entre mis maes-
 tros y yo todo fue expan-
 sivo.

Quien ha conocido el ratio-
nabile obsequium (defe-
rencia razonada), no pue-
 de sufrir nada contrario.

Una orden es una hu-
 millación, y quien obe-
 dece es un capitis iminus
 (disminuido de cabeza)
 manuscado en el go-
 verno mismo de la
 vida noble.

Yo no hubiera podido
 ser soldado; hubiera
 desertado ó me hubiera
 suicidado. Femo que
 los nuevos instituti-

ciones militares, que
 no admiten excepción
 ni equivalente, producen
 casi un rebajamiento
 espantoso. Obligar
 a todos a sufrir la obe-
 diencia, es matar el
 genio y el talento. Guin-
 tra parados años en el
 ejercicio de las armas,
 a la manera alema-
 na, es un muerto para
 las obras del comercio;
 por eso Alemania
 desde que se ha entu-
 gado por completo

à la brda militar,
 qu'on a sui talent
 si no tuvier los judios,
 hacia los evales se
 muestra tan ingrato

E. R. R.

(homage d'enfance à de jermese)

Llega Ud á un sitio llamado frontera, ~~galla~~ y allí, abriendo un poco las piernas, puede poner un pie en Francia y otro en Prusia, donde un prusiano puede armar que-
rella diciendo: usted ha violado mi territorio.

Una línea, frecuentemente ideal ó al menos disputada, hace que un hombre sea prusiano ó francés, y que

a una señal dada con un
tambor, acuda á meter ó su
vecino, y esto sin causa que
le sea conocida.

Se concede un rey de Prusia
y un rey de Francia; pero
¿por qué ha de haber un
pueblo de Francia y un pueblo
de Prusia, puesto que no
hay más que una especie
humana y que una naturaleza
de pueblo? ¿Por qué las
palabras rey y reina, legítimos
ó usurpador?

¿Quié pueden ganar uno á
otro individuos? Cada sablazo
dado en las querrelas de los
monarcas hace una brecha
en la libertad ó al menos en
la humanidad. Cuando todo

el mundo lo sepa todo el
 mundo estará de acuerdo, y
 entonces no habrá fronteras,
 ni preocupaciones de nación,
 porque cada uno no ~~no~~
 tendrá más bandera, que
la justicia y la razón.

Bucher de Perthes

(Hammer & Chores).

El conprensante de la
 Facultad de Letras y pro-
 siguis de esta manera:

— El orosinote es un
 insecto natural y frecuente
 que produce, no obstante,
 efectos raros y singulares. Ma-
 tarlo es cosa conveniente para
 el animal y para el hombre, y
 el orosinote ha sido en todo
 tiempo apreciado en las socie-
 dades humanas, como una gran
 acción, subsistiendo aún en nues-
 tras instituciones. Aquella de
 aquel antiguo aprecio?

- ¿Dónde se ven esas huellas?

- Entre otras cosas hállanse los honores otorgados a los militares.

- ¡Dro es exagerado!

- Quizá; pero no perdamos de vista que todas las acciones humanas tienen por móvil el hambre o el amor.

El hambre incita a los bárbaros en el asesinato, impulsándole a las guerras y a las invasiones. Los pueblos civilizados son como los perros de casa: un instinto feo les excita a destruir sin causa ni utilidad.

La sinrazón de las guerras, más de lo que se denomina interés de nuestros nacionalidades, es un hecho europeo, honro, siendo este último motivo quizá el más extravagante, toda vez que no hay pueblo en el mundo que

no se haya manchado con todos
 los crímenes, ni dejado de su-
 fir todas las ~~de~~ vejaciones
 y cuantos humillaciones,
 puedan ser inflingidas a
 una miserable colectivi-
 dad de hombres. Si a pesar
 de todo, aún existe honor
 en el pueblo, preciso es con-
 venir que la guerra es un
 extraño modo de conseguirle
 es decir, cometiendo todos
 los crímenes por los cuales
 un individuo se deshonra:
 incendio, rapina, violación,
 asesinato. Deven tanto a las
 acciones cuyo móvil es el
 amor, son por lo general tan
 violentas, feroces y crueles
 como las inspiradas por el
 nombre, de modo que todo vin-
 ducé a considerarse el nombre
 como una farsa. Restóme que-
 rrima por qué he podido
 famular esas injusticias y cuál
 es la causa por la que yo
~~soy~~ víctima por ellos doblé

indignacion: debe se a que
 presste el mal existe el bien;
 ni solo existiese el mal por fal-
 ta de compasion, seria des-
 conocido, del mismo modo que
 la noche no tendria nom-
 bre sin la aurora que la po-
 ne termino y el dia que
 es su antagonico.

Aristote Lonel

(L'Orme du Mail,)

¿Que ha sido de aquellos
grandes imperios fundados
por la guerra? ¿Donde
están los conquistores de los
grandes capitanes y mo-
dernos Sesostris, Ciro, Ale-
jandró Julio César el re-
volutivo fundador del
imperio romano, Carlo-
magno, Gengis-Khan, Fe-
derico, Carlos V, Carlos
XII y Napoleón? Esas cosas,
tan notoriamente establecidas,

por la violencia, from siolo ob-
 tenuion por el mismo proce-
 dimento. Los mas bellos y
 ricos monumentos del globe,
 Europa Occidental, Occiden-
 tial y meridional, y
 Africa septentrional estu-
 vieron sujetos en los tiem-
 pos antiguos de promoci-
 ones y ruinas flo-
 rientes. Desde aquella ep-
 oca hasta el presente no ofre-
 cen mas que esteros desier-
 tos sujetos de ruinas y ci-
 tricas de los cuales nunc
 erran heretas semibarbaras.
 ¿Quien ha estado con esta
 vilidad oprimida por las

evolucion de tan prodigiosa man-
 te? ¿Quién ha resuelto el cri-
 minal error de tan activo de
 inferioridad intelectual de
 tantos millones de seres capaces
 de conocer la verdad y
 de practicar la justicia y
 la moral como todos los
 participaciones de los espe-
 sos de la vida de los homini-
 clares? La historia de unos
 trances que todo el mundo
 de la guerra.

¿Hann es celebrando las
 celebraciones de esa furia de
 nos de todas las matanzas
 mas! ¿Hann hay quien se
 atreve, en presencia de hechos

son crues oratoires, si otécir na que
 los errores y el vicio de la
 civilización! ¿Suicida más ju-
 sto serían castigarlos de vicio-
 culo de los bárbaros, por que
 embrutecen a los viciados por
 el do, potismo, que los someten a
 la degradación o a la corrup-
 ción de los viciados! No
 quiero negar que haya pechi-
 clo claro en su parte occidental
 de algunos gér-
 menes civilizadores, por que
 está en la naturaleza de
 las cosas que el bien moral
 genera veces del exceso mismo
 del mal. Pero si que preciso
 y ha obtenido esa civilización.

que, substituyendo a los que a humanidad
 se ilumina con el resplandor de
 los incendios? ¿O acaso no hay
 otras vías menos costosas, más
 seguras y más legítimas por
 las cuales debe esperarse en
 el mundo? Pronto podremos
 poner a un vapor mercante
 que un ejército de un millón
 de combatientes, y los ferrocarriles
 obrarán con más relevancia
 e inteligencia que el
 genio malhechor y la detestable
 ambición de los conquistadores.
 Comenzamos un obra de
 destrucción con los funcionarios
 por las artes, la paz, la agricultura,
 el tejido, la metalurgia,

las novecientos, las imprentas y las
 múltiples aplicaciones de la fuerza
 y el vapor y de los otros agen-
 tes físicos y químicos en nuestras
 necesidades de diversion, y otorga
 de que todo esto en los efectos
 beneficios y caracteres.

No como en sofismas más cu-
 min y perjudicial que de que
 consiste en excusar y mostrar
 justificar y glorificar la crista
 más abominable, por la conside-
 ración de que han estado mo-
 tivo para la producción de
 cosas excelentes. Oyes otros firmen-
 temente a personas de intelligen-
 cia cultivada, pero faltas de
 sentido moral, en términos mor-

miserablemente barbarescos, por
 ejemplo, que al extermínio de
 las razas indias de América
 continuante en los tiempos de la
 conquista, permitió á la civiliza-
 ción establecer en muchos estados
 actualmente tan florecientes, i-
 que los ejércitos de Despotismos
 promovieron por toda Europa, con
 el extermínio y la matanza de
 los principios de nuestra gran
 redención, como si con buenos re-
 sultados no hubieran podido
 obtenerse por las vías pacíficas
 de la revolución civilizadora,
 y como si los proclivientos
 los bonos, substituidos á los que
 inclinan los recursos y los humos

niotaret, de jure de un un mel
 por et hecho de que traen resalta
 de algun bien, incayon no
 obstante, de bonnan por com-
 plete sus sagradas brutas.

Patricio Lavrogue

(no hay guerra et de carnis permanentes.)

En 1725 trajeron cuatro
 salvajes del Mississipi a Joulai-
 nebleau, con quienes tuvo el honor
 de hablar; habia entre ellos una

dama, á quien pregunté si había comido hombre, y me respondió que sí con encantadora sencillez. Mostréme un poco escandalizado, pero ella se excusó diciendo que era preferible comer enemigo muerto, que dejarle devorar por las fieras, y que los vencedores merecían la preferencia.

Nosotros matamos á nuestros enemigos formados ó no formados en batalla, y para más vil recompensa trabajamos para la cocina de los cuervos y de los gusanos. ¡ Eso sí que es un crimen, eso sí que es un horror! ¿ Qué importa después de muer-

lo ser comido por un soldado, por
un cuervo ó por un perro?

Voltaire

(Dictionnaire philosophique :
«Anthropófagos»)

Fin

Indice

<u>Page</u>	<u>Titre de la obra</u>	<u>Autor</u>
5	Advertencia Editorial	J. Ferrer
11	L'Evolution politique	Ch. Letorneau
16	Dans cent ans	Carlos Richet
18	Caractères	La Bruyère
20	Dans le Ciel et sur la Terre	Flammarion
26	La Fédération de l'Europe	J. Novicow
30	Les Jugements	La Bruyère
35	Mon oncle Benjamin	E. Zillier
39	Inédit	Ch. Jacquinet

<u>Page</u>	<u>Titre de la obra</u>	<u>Auteurs</u>
46	La Guerre et des Armées permanentes	Patricio Gattoque
55	Les Guerres et la Paix.	Carlos Richet
63	Sur l'Eau.	G. de Maugenant
63	Hommes et choses.	Boucias de Pothos
64	Pensamientos.	Zolstoi
65	La gloire du sabre.	P. Vigne d'Octon
77	Sur l'Eau.	G. de Maugenant
90	Sous les Zilleuls.	Alfonso Karr
94	La Fédération de l'Europe.	I. Novicow
102	La Débâche.	Emilio Zola
104	Les Charniers.	E. Lemonnier
112	Dictionnaire philosophique	Voltaire
120	Micromegas.	Voltaire
123	Hommes et Choses.	Boucias de Pothos
124	L'Ere sans violence.	Capitan G. Koch
151	La Morale des différents peuples	Herbet Spencer
138	Astronomie populaire.	Flammarion
141	Annales de la Alliance scientifique	Aquiles Perrier

<u>Page.</u>	<u>Titre de la obra</u>	<u>Auteurs</u>
145	Histoire d'un comat de 1813	Umann-Ghatien
150	Le Monde comme il va...	Voltaire
158	Le salut est en vous...	Leon Tolstoi
167	L'Œ sans violence...	Capitan G. Koch
172	Les Zesses du Ciel...	Flammation
175	Souvenir d'enfance et de jeunesse	Gwesto Renan
179	Hommes et Choses...	Bouchar de Perthes
182	L'Œme du Mail...	Anatole France
186	La Justice et des Armées permanentes	Patricio Castoque
193	Dictionnaire philologique	Voltaire

